figuras y episodios de la historia de méxico

Alfonso Trueba

Santa Anna

(2a. Edición)

Escaneado con CamScanner

Opinión del Maestro Don José Vasconcelos

JOSE VASCONCELOS
BIBLIOTECA MEXICO
PLAZA DE LA SANTISIMA NUM. 8
MEXICO, D. F.

Junio 3 de 1954

Sr. Don ALFONSO TRUEBA.
Editorial "Campeador".
C i u d a d .

Muy estimado amigo:

Lo saludo con emoción, la emoción rara de descubrir a un escritor de cepa. Al abrir el paquete postal que traía sus cuadernos, dí con el de Hernán Cortés: excelente, y esto ya me obligó a continuar la lectura. El folleto dedicado a Santa Ana está escrito con brillantez, valentía veracidad y dramatismo. La influencia del poinsettismo en todo el proceso, está presentada con una franqueza única. En lo que yo conozco de historia aun escrita por los conservadores, parece haber ignorancia o temor de señalar la influencia masónica; usted la apunta con sencillez; todo eso de la "quinta columna" formada por yorquinos, es de una lucidez ejemplar.

Toda felicitación me parece corta. Todo está escrito con una pasmosa libertad de expresión y por lo mismo resulta fuerte y convincente. Me pregunto, ¿de dónde ha salido usted?. Lo único que me parece por el momento, necesitado de corrección, es la forma de lanzar todas estas verdades deslumbradoras en folletos necesariamente desligados uno del otro. Es urgente ligarlos en volumen coherente, pero de todos modos, y tiempo habrá para esto, lo que quiero es enviarle mi felicitación más calurosa. Confío en que he de conocerlo. Hace tiempo tengo en la cabeza un plan para un libro continental que sólo una persona como usted puede llevar adelante.

Me suscribo su amigo y S. S.

José Vasconcelos

Escaneado con CamScanner

ALFONSO TRUEBA

SANTA ANNA

(2a. Edición)

Editorial Campeador. México, 1954

Escaneado con CamScanner

Derechos registrados conforme a la Ley
México, D. F., 1953.

Acabóse de imprimir en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Insurgentes Norte, No. 19, México, D. F., el día 5 de septiembre de 1954. El tiro fue de 2,000 ejemplares.

Escaneado con CamScanner

INTRODUCCION

PARECERA NECIO —y de antemano frustrado— el intento de reducir a las hojas de un cuaderno la figura excesiva de Antonio López de Santa Anna. Ciertamente no es esto lo que nos proponemos, ni siquiera trazar una semblanza del personaje, sino más bien ofrecer una vista a vuelo de pájaro del panorama que el caudillo veracruzano domina tan absolutamente que se identifica con él.

Cuando hacemos esto, pretendemos ventilar el depósito de nuestro pasado en una de sus secciones más ricas, sin más objeto que divulgar su contenido.

Un agudo observador de los rasgos característicos mexicanos, José Moreno Villa, ha escrito:

"La historia de México está en pie. Aquí no ha muerto nadie, a pesar de los asesinatos y fusilamientos. Están vivos Cuauhtémoc, Cortés, Maximiliano, don Porfirio y todos los conquistadores. Esto es lo original de México. Todo el pasado suyo es actualidad palpitante. No ha muerto el pasado. No ha pasado lo pasado, se ha parado".

La observación nos parece justa, pero la razón del hecho observado, ¿cuál es? ¿Por qué los personajes de nuestra historia son ánimas en pena, aparecidos cotidianos que no acaban nunca de desvanecerse?

La razón es ésta, a nuestro juicio: los personajes y sus hechos están en litigio, en viva controversia. Es decir todavía no hay cosa juzgada, o, para expresarlo en un tópico, el fallo inapelable de la historia aún no se pronuncia. Se halla en período de instrucción el proceso de nuestros héroes y villanos y, por lo mismo, no hay todavía certeza acerca de si son lo uno o lo otro. Y mientras no haya sentencia ejecutoria que ponga paz entre las partes que litigan, el pasado seguirá siendo presente.

Ahora bien, ¿compete a los historiadores erigirse en severo tribunal y dictar esa sentencia? Creemos que no, que la jurisdicción en esta materia no corresponde a los que registran, exponen y estiman los sucesos, sino a una cierta clase de JURADO POPULAR, esto es, al pueblo mismo, cuyo consenso unánime respecto a los hombres que representan su pasado viene a ser la expresión del fallo inapelable.

Para que el jurado pronuncie su veredicto necesita información exacta y fiel sobre lo sucedido. Que hablen los reos, que declaren los testigos de cargo y de descargo, que se exhiban los documentos y los retratos, que opinen los peritos.

Escaneado con CamScanner

Contribuir con nuestros limitados recursos a esa información es lo que nos proponemos al publicar estos folletos, y el que tienes en tus manos, lector, contiene algunos de los elementos que son necesarios para formarse un juicio acerca del personaje que llena con su nombre toda una época: Antonio López de Santa Anna.

Estos trabajos, desnudos de ropa de erudición, pero también de los trapos con que suelen vestir la verdad histórica el miedo y el interés, van dirigidos, en consecuencia, a los miembros de ese gran jurado que ha de pronunciar la sentencia definitiva, para que haya aquí paz, y después gloria.

A. T.

Escaneado con CamScanner

ESPLENDIDO DIA de otoño aquél de 1822 en que la corbeta *John Adams* fondea en la bahía de Veracruz. Bajo la nítida luz del sol que empieza a elevarse, los que viajan a bordo descubren un bello panorama. A su vista destaca, entre las montañas que se perfilan sobre el cielo, el albo fastigio resplandeciente del Pico de Orizaba. Las nubes que flotan sobre la tierra baja ascienden con lentitud y revelan poco a poco los valles ondulados, los ríos y los bosques —el trópico ancho, verde y pingüe.

Entre los viajeros de la corbeta hay un hombre importante. Es un caballero rubio y delgado que se deleita, como los demás, contemplando el paisaje. Cuando todos desembarcan, él se queda tranquilamente, escribiendo notas y en espera del regreso del capitán de la nave, al que mandó en busca de informes acerca de si sería bien recibido. Por la noche vuelve el capitán y le refiere complacido que el comandante de la plaza está dispuesto a recibirlo y a darle escolta para un viaje seguro a la capital del Imperio. Acompañan al capitán dos hombres de negocios de los Estados Unidos, quienes describen pormenorizadamente al caballero el estado de cosas que hay en el país. Le dicen que no hay nada que comer, excepto tasajo o carne cruda, y nada que beber, excepto pulque; que las posadas son inmundas; que las diligencias, máquinas enormes y pesadas como elefantes, se descomponen a cada paso; que abundan los ladrones. Al caballero lo desalientan las noticias que recibe; pero pronto se anima y decide continuar la empresa que tiene comenzada. Cuando despide a las visitas, escribe en su cuaderno de notas:

"Toda esta noche estuve escuchando seriamente una larga lista de miserias y peligros a los que habré de enfrentarme, pues he avanzado demasiado para que tan espeluznantes relatos me disuadan de mi propósito".

A la mañana siguiente —19 de octubre— desembarca en el muelle, entre una turba de espectadores ociosos. Entra por la puerta de la ciudad, que está fortificada en parte, camina por una calle que le parece limpia y bien pavimentada, con aceras de madrépora, hasta la plaza donde está el cabildo, la iglesia y los comercios de los españoles, al abrigo de soportales de piedra. Se dirige entonces a la casa del vicecónsul de los Estados Unidos, con quien charla, y va luego a visitar al comandante de la plaza, visita que forma parte importante de su comisión.

El comandante lo acoge cordialmente. El caballero, que tiene entre otras

Escaneado con CamScanner

muchas cualidades, un ojo certero para conocer a los hombres, medir sus talentos y pesar su valor, lo observa atentamente y advierte pronto cuán útil podrá ser su intervención en el desarrollo de sus propios planes.

El comandante es hombre de unos 30 años de edad, tez blanca, complexión delgada y simétrica, fisonomía muy inteligente y expresiva, según descripción del mismo caballero, a quien le parece que sufre de cansancio y de los efectos de un clima malsano.

Se llama Antonio López de Santa Anna.

El personaje extranjero celebra con él una larga conferencia, cuyo tema, guardado entonces en el misterio, será revelado por los sucesos posteriores.

Santa Anna ofrece escolta a su huésped para el viaje que tiene en proyecto. El extranjero se resigna a viajar "con la dignidad que confiere el peligro" y dice que le tiene más miedo al clima que lo expone a ser atacado por el vómito negro o la fiebre biliosa, "enfermedades poco decorosas", y a caer en las manos de un médico mexicano.

Luego de un breve paseo por la ciudad, cuya limpieza admira, y a pesar de que detesta las ceremoniosas cenas españolas, se reúne a cenar con un nutrido grupo de oficiales. Es sentado a la cabeza de la mesa, junto al gobernador. Terminada la cena, se trasladan al cabildo a ver un retrato de Iturbide. La pintura es muy mala y a través de ella no puede imaginarse al hombre cuyo repentino ascenso al trono, a juicio del caballero visitante, hace temer que se trate de alguien "extraordinariamente malo".

Al día siguiente, el caballero marcha a Jalapa, donde celebra otra cordial entrevista con el capitán general José Antonio Echávarri, una de las personas de confianza del emperador, cuya hospitalidad disfruta.

Así, en sólo 3 días, el extranjero se ha puesto en contacto con dos de los personajes que más principalmente intervendrán en los próximos sucesos políticos; ha cenado con oficiales del ejército que hizo la independencia; ha celebrado largas y misteriosas conferencias, y tiene ya formado un juicio —un prejuicio —acerca del emperador.

El extranjero del que venimos hablando se llama: Joel R. Poinsett.

¿QUIEN MANDA AQUI?

Por aquellos mismos días —octubre de 1822— la agria controversia sostenida por varios meses entre el congreso y el emperador estaba a punto de ser dirimida. Lo que se discutía era, en resumen, quién mandaba. El congreso se consideraba depositario de la soberanía popular, conforme a la idea en boga, y por lo mismo con derecho a sobreponerse al poder del emperador. Este, por su parte, se veía

Escaneado con CamScanner

obligado a afirmar su autoridad, pues no era posible dirigir a sus fines una sociedad que empezaba a organizarse políticamente si faltaba el centro de dirección.

Iturbide quiso reducir el número de los diputados a setenta, de acuerdo con la sugestión de Lorenzo de Zavala, y que se le concediese el derecho de veto. Propuso la idea al congreso, el que la rechazó. Entonces decretó su disolución. El 31 de octubre, a las 12 horas, el general Cortazar se presentó en la sesión que celebraban los diputados y puso en manos del presidente el oficio en que se intimaba al congreso que se disolviese en el término de diez minutos. Los diputados intentaron oponerse, pero ante el amago de la fuerza levantaron la sesión y se marcharon a sus casas, enmedio de la indiferencia popular. Es entonces cuando salta la chispa origen de un incendio que no habría de extinguirse en muchos años.

SANTA ANNA, EL PRIMERO

Antonio López de Santa Anna era en 1822 un jefe militar con mando de fuerzas, sin ninguna influencia en los destinos del flamante imperio mexicano. Nacido en Jalapa el 21 de febrero de 1794, ingresa al ejército (Regimiento Fijo de Veracruz) en 1810, siendo un mozalbete espigado y ávido como una esponja de chupar el jugo del mundo. Lucha contra los insurgentes. Se adhiere al Plan de Iguala (1 de marzo de 1821) invitado por don José Joaquín Herrera. Se apodera de Alvarado, Córdoba y Orizaba y pone sitio a Veracruz. Hecha la Independencia, Santa Anna ocupa un lugar secundario entre los jefes que contribuyeron a ella. Iturbide lo cubre todo con su inmensa sombra. Santa Anna busca inútilmente una oportunidad de sobresalir. En mayo de 1822 Iturbide es proclamado emperador. Cuando Santa Anna lo sabe se lamenta de no haber sido él quien lo proclamara. ¿Cómo es posible que estando tan atento al curso de los acontecimientos, haya dejado pasar esa oportunidad de significarse? En carta al Emperador claramente expresa la contrariedad que sufrió al ver perdida la ocasión de que su nombre sonara, cuando dice: "En unión del Regimiento de Infantería número 8 que mando, y que bajo mi dirección estaba prontísimo a dar tan político como glorioso paso mucho antes de ahora, sintiendo que no hayamos sido los motores de tan digna exaltación, mas sí los primeros en esta provincia que tributemos nuestros sumisos respetos... somos constantes súbditos que verterán su sangre por el más digno emperador".

Mucho antes de ahora... queremos ser los primeros, son expresiones que acusan un rasgo del carácter de Santa Anna, o sea su afán de adelantarse a los sucesos para determinar el desarrollo de los mismos en su propio provecho. En la proclama que lanza al pueblo de Veracruz para anunciar la elevación de Iturbide usa expresiones semejantes:

Escaneado con CamScanner

"Anticipémonos pues, corramos velozmente a proclamar y jurar al inmortal Iturbide por emperador, ofreciéndole ser sus más constantes defensores hasta perder la existencia; sea el regimiento que mando *el primero* que acredite con esa irrefragable prueba, cuán activo, cuán particular interés toma en ver recompensado el mérito y afirmado el gobierno paternal que nos ha de regir".

Anticipar, correr y ser el primero: he aquí, en estas palabras, la clave para entender la conducta de Antonio López de Santa Anna.

Cuando surgió la discordia entre Iturbide y el Congreso, fue Santa Anna uno de los jefes militares que más instaron a la disolución del poder legislativo y fue él mismo uno de los que se ofrecieron para ejecutar la orden. Iturbide rechazó sus servicios y dio la comisión a un general más significado, don Luis Cortazar. Santa Anna, sin embargo, se apresuró a felicitarlo.

Dos oportunidades se le habían escapado, pues, a don Antonio para ser *el primero*. En lo sucesivo estaría más vigilante. Cultivando su extraordinaria facultad de intuir el futuro, se adelantaría a todos.

RESULTADOS DE UNA ENTREVISTA

A fines de octubre, según hemos visto, y justamente cuando empezaba a rugir una sorda tempestad sobre el imperio, Santa Anna celebra una larga conferencia con Poinsett. El finísimo olfato político del jefe militar mexicano percibió sin duda, a través de las palabras del norteamericano, el olor del guiso que estaba cocinándose. Dicho de otra manera, Santa Anna se dio cuenta de que estaba en marcha un plan de trabajos cuyo fin era la debilitación del poder de Iturbide, y de que fuerzas oscuras y activísimas minaban la base de su trono. Entonces contempló la oportunidad de levantar la cabeza sobre sus semejantes, adelantándose a los acontecimientos. Asir por los cabellos la ocasión de *ser el primero* fue, seguramente, la decisión tomada por el joven comandante.

Iturbide no vivía en la luna. Oportunamente advirtió el peligro que representaba don Antonio. Es probable que haya adivinado el sitio donde podía estallar una revuelta, pues de otro modo no se explica su viaje a Veracruz con el propósito de quitar el mando a Santa Anna. Contra éste había muchas quejas; pero ninguna tan grave, aparentemente, que justificara un viaje del emperador cuando parecía más necesaria su presencia en la capital. Lo que realmente lo motivó fue el temor de que Santa Anna encabezara una sedición.

¡VIVA LA REPUBLICA!

El 10 de noviembre salió Iturbide de México y el 16 llegó a Jalapa, donde fue recibido tan fríamente que hizo este comentario: "Parece que aquí comienza España". Santa Anna se presentó en Jalapa con un brillante séquito de cincuenta

Escaneado con CamScanner

oficiales, a saludar al emperador, quien sin mostrarle desconfianza le hizo saber que necesitaba sus servicios en la ciudad de México, a donde debía acompañarle. Santa Anna, entre otras excusas, alegó la de no tener dinero para el viaje, por lo que Iturbide le ofreció quinientos pesos de su bolsillo.

Cuéntase que Santa Anna trató de convertirse en un personaje importante durante la visita de Iturbide a Jalapa. Montado en un caballo blanco, a la cabeza de sus oficiales, entró a la ciudad bajo una lluvia de flores y entre vítores del pueblo. Iturbide observaba desde un balcón al fachendoso comandante y alguien refiere que, al ver las demostraciones que recibía Santa Anna, dijo: "Este pillo es aquí el verdadero emperador".

Poco después se presentó el destituído comandante en los salones donde Iturbide ofrecía una recepción a los vecinos notables de la ciudad, y faltando a la etiqueta, se sentó cuando todos permanecían de pie. Era la oportunidad para quebrantar su arrogancia. El capitán de guardia, en voz alta, le llamó la atención diciendo:

—Señor brigadier Santa Anna: delante de S. M. nadie se sienta...

Santa Anna se puso en pie de un brinco, rojo de vergüenza.

El día 1 de diciembre salió Iturbide de Jalapa. Santa Anna lo acompañó un trecho del camino y le ofreció seguirlo dentro de pocos días. Desde una colina ve alejarse el cortejo del emperador. Respirando venganza por la destitución y el desaire sufrido en la ceremonia palaciega, exclamó:

—Veremos si don Antonio López de Santa Anna puede sentarse frente a ese emperador...

Dichas estas palabras se pone en camino de Veracruz. Su propósito es llegar antes de que se divulgue la noticia de su destitución. Nada, en efecto, se sabía cuando llegó, y la tarde del 2 de diciembre se dirige apresuradamente al cuartel del regimiento número 8 de infantería, del que era coronel, manda tocar generala y al frente de unos 400 hombres que reunió, recorre las calles enmedio de los repiques de campanas y el alboroto del pueblo, gritando:

—¡Viva la República!

Comienza así la era de las revoluciones de Santa Anna.

"¡ESCRIBAME UNA PROCLAMA!"

Santa Anna no tenía la menor idea acerca de qué jaez de cosa pudiera ser una república cuando se lanzó a la revolución. El mismo confiesa que habiendo vivido siempre bajo el gobierno monárquico, todo lo que sabía acerca del republicano era lo poco que había oído de un licenciado de Jalapa. Por lo mismo, ¿qué plan de organización política pudo tener formado en el instante de dar el grito? Ninguno. Pero habiéndole revelado su clara intuición la fatalidad política de su patria, no quiso que nadie le arrebatara la gloria de *ser el primero.*

Escaneado con CamScanner

El plan, sin embargo, era necesario, y había que buscar alguien que lo redactara. El jefe de la revolución tuvo la fortuna de hallar un hombre a propósito. Este fue don Miguel Santa María, ministro de Colombia a quien el gobierno había expedido pasaporte, fijándole un breve plazo para que saliera del país. Santa María se había detenido en el puerto de Veracruz con el pretexto de esperar ocasión oportuna para embarcarse. Hombre talentoso, instruído en política, masón, enemigo de Iturbide, Santa María era el socio ideal que necesitaba el jefe de la revuelta, quien comprendiéndolo así, corrió a su casa y le pidió:

—Fórmeme un plan y hágame una proclama.

Santa María puso luego manos a la obra y redactó un *plan* en el que se declaraba nulo el nombramiento de emperador hecho en favor de Iturbide y se proponía la reunión del congreso para que estableciera la forma de gobierno conveniente a la nación. Este plan sería sostenido por las tropas que acababan de sublevarse y por las que se le unieran formando un ejército que se denominaría "Libertador".

Con este plan en la bolsa de su chaqueta militar, el mismo hombre que estuvo dispuesto a proclamar, antes que nadie, emperador a Iturbide; el que ofreció ser constante súbdito; el que más le instó a que diese el golpe de estado; el que estaba pronto a arrojar de la cámara a los diputados; el propio Antonio López de Santa Anna, herido por el despecho y ambicioso de poder y de fama, ataca el régimen establecido y pone en marcha un terrible programa de destrucción, de odio y de muerte.

El movimiento revolucionario se propaga velozmente por tierras veracruzanas. Don Guadalupe Victoria, escapado de la prisión, se presenta en Veracruz y se adhiere al pronunciamiento. Iturbide recibe en Puebla la noticia de la revolución. Finge no darle importancia, pero conoce toda su gravedad, y por lo mismo, entrando a la capital cuando no se le esperaba, evita que lo reciban con fiestas.

"DAR LA ORDEN DE DEGÜELLO"

Entre tanto ocurren los sucesos que vamos refiriendo, el señor Poinsett continúa su viaje por México. El día 3 de noviembre, o sea 3 días después de que el congreso fue disuelto, es recibido por Iturbide, con quien conversa durante media hora. Iturbide aprovecha la ocasión para elogiar las instituciones de los Estados Unidos y dice a Poinsett: "Deploro que estas instituciones no sean idóneas para las circunstancias de mi país". Poinsett observa detenidamente al emperador y encuentra que sus facciones son buenas, las patillas rojizas, el pelo castaño y la tez rubicunda, "más de alemán que de español". Se despide cortésmente de él, visita luego los lugares interesantes de la ciudad y emprende días más tarde un recorrido por el Bajío, donde, según anotó en su diario, observó que la diso-

Escaneado con CamScanner

lución del congreso había despertado una indignación universal, lo que hace decir a Poinsett: "sería mejor, de una vez, dar la orden de degüello y saqueo y soltar los perros de la guerra" [1].

Esta opinión fue expresada por Poinsett el día 15 de noviembre; por pura casualidad *los perros de la guerra* eran soltados quince días después, siendo Antonio López de Santa Anna el autor de la operación. Y también por pura casualidad el objeto de la guerra era el implantar aquellas instituciones que a Iturbide le habían parecido no idóneas para el país.

"VAMONOS A ESTADOS UNIDOS"

La revolución, como hemos dicho, cundió rápidamente por Veracruz. Iturbide hace marchar algunas tropas contra los insurrectos, al mando de los brigadieres Cortazar y Lobato, las que obligan a retirarse a los sublevados de las inmediaciones de Córdoba. En poco tiempo, todos los pueblos de la costa de Sotavento vuelven a la obediencia del gobierno, pero las tropas imperiales sufren un revés en Plan del Río, donde Santa Anna cae de sorpresa y hace prisionero a todo un cuerpo de granaderos que mandaba el coronel Mauliaá. Entonces Santa Anna cree abierto el camino de Jalapa, ciudad cuyo ataque emprende el 21 de diciembre, entrando en columna cerrada por la calle del Carmen. La resistencia que encuentra es tenaz. Los granaderos que había hecho presos en Plan del Río se pasan a las fuerzas del gobierno. Santa Anna se ve obligado a retirarse y se hace fuerte en la iglesia de San José, donde es sometido a terrible fuego por las tropas que manda José María Calderón. Los rebeldes se rinden al fin, pero Santa Anna puede huir a caballo, rumbo a Veracruz. En Puente del Rey encuentra a Victoria. Santa Anna está deprimido, quiere desistir de la empresa comenzada y le dice a Victoria:

—Hemos fracasado, general. Volvamos al puerto, donde tengo un bergantín para embarcarnos a los Estados Unidos. Aquí nuestras vidas corren peligro.

Victoria, que tiene un carácter más firme, le contesta:

—Amigo, vuelva usted a Veracruz a sostener su puesto, y cuando le presenten la cabeza de Victoria, embárquese.

Santa Anna, que es un maniático-depresivo que oscila entre la exaltación y el decaimiento, se reanima con las palabras del insurgente y vuelve al puerto.

Los generales Guerrero y Bravo se habían propuesto secundar en el sur la revolución de Santa Anna. En Chilapa acuerdan adherirse al plan de Veracruz. El gobierno destaca fuerzas para batir a los sublevados, al mando de los generales Gabriel Armijo y Epitacio Sánchez, las que se encuentran en Almolonga con gente de Guerrero. Este recibe una herida en el pulmón, de la que nunca sanó total-

[1] J. R. Poinsett, *Notas sobre México*, p. 192, Ed. Jus, 1950.

Escaneado con CamScanner

mente, y Epitacio Sánchez muere en combate. La acción termina con la huída de los rebeldes.

A fines de enero de 1823 la situación parecía dominada por el gobierno. Santa Anna se hallaba reducido a los muros de Veracruz, a Guerrero se le daba por muerto y de Bravo nadie sabía su paradero. No quedaba, pues, más que extirpar la sedición del lugar de su nacimiento, que era también su último refugio. Con este fin, el general Echávarri marchó a tomar el mando de las fuerzas destinadas al sitio de Veracruz, y estableció su cuartel general en Casa Mata, lugar llamado así por ser un depósito de pólvora. En el Puente del Rey quedó un cuerpo de observación bloqueando a Victoria, que se había fortificado en aquel punto. Tranquilas todas las demás provincias del imperio, con asestar el golpe final sobre Santa Anna la revolución se extinguiría. Pero entonces ocurre algo inesperado...

EL PLAN MAESTRO

Las sociedades secretas deciden emplear todo su formidable poder contra Iturbide. De tiempo atrás, silenciosa y tenazmente, las logias del rito escocés habían venido minando las fuerzas armadas de la nación. Echávarri, Cortazar, Lobato y otros jefes principales del ejército que había hecho la Independencia estaban afiliados a la masonería y tenían la ciega obediencia del novicio. El fruto podía caer con sólo sacudir el árbol. A Iturbide le faltaría el suelo bajo sus pies cuando los nuevos *hermanos* recibieran una orden de sus jefes ocultos. Y así sucedió. Como por arte de magia se voltearon contra el imperio las fuerzas con que éste contaba para sostenerse.

Es justo reconocer que fue una operación magistral, dirigida con extraordinaria prudencia y visión clarísima, la que realizaron las logias al cambiar el sentido de la revolución iniciada por Santa Anna. Comprendieron los invisibles directores de esta maniobra que era inoportuna la proclamación de la república y poco cuerdo enderezar el movimiento directamente contra el emperador, quien encarnaba el nuevo Estado independiente y era el símbolo de una autoridad que todavía los pueblos estaban acostumbrados a respetar. Por lo mismo, señalarlo como objeto del movimiento revolucionario resultaba inconveniente, de ahí que se pensara llegar al fin por otros medios.

Discurrieron entonces los superiores de las logias transformar el sentido de la revolución de Santa Anna, dirigiéndola a este único objeto aparente: la reinstalación del congreso.

El general Echávarri, recién inscrito en la masonería y pronto a obedecer las órdenes que recibiera, estaba persuadido de que era imposible tomar Veracruz y de que se vería obligado a levantar el sitio, con mengua de su reputación militar. En estas circunstancias, la proposición de encabezar un movimiento para

Escaneado con CamScanner

reinstalar el congreso fue recibida por él con beneplácito, pues evitaba el peligro de un fracaso militar permitiéndole salir airosamente de la situación en que se hallaba y, por otra parte, como en apariencia no se intentaba nada contra el emperador, que había depositado en él su confianza, juzgó que no faltaba al deber de lealtad.

Así fue como el día 1 de febrero se firmó el plan llamado de Casa Mata, documento que muestra cuán hábilmente las sociedades secretas lograron voltear contra el emperador sus propias fuerzas.

El Plan de Casa Mata contenía, en esencia, los siguientes puntos: que se reinstalase el congreso; que las provincias quedasen en libertad de sustituir a los diputados que no habían correspondido debidamente a la confianza en ellos depositada (esto es, que se sustituyese a los que no habían tomado parte en las conspiraciones contra el gobierno); que una vez reunidos los representantes de la nación, fijaran su residencia en cualquier lugar y comenzaran luego sus sesiones; que el ejército ratificara el juramento de sostener a toda costa la representación nacional; que una comisión marchara a la capital a poner en manos del emperador una copia del acta (de Casa Mata); que otra comisión pasara a la plaza de Veracruz a proponer al gobernador lo acordado por el ejército; y, por último, que el ejército no atentaría contra la persona del emperador, "pues lo contempla decidido por la representación nacional".

Este plan fue firmado por José Antonio Echávarri, Luis Cortazar, José María Lobato y por todos los jefes del ejército sitiador.

El día 2 fue puesto el plan en manos de Santa Anna y de la diputación provincial de Veracruz, y el mismo día se adhirió a él el Ayuntamiento del Puerto. Santa Anna y los jefes militares de la plaza, iniciados en las logias, lo aceptaron también, desistiendo de la proclamación de la República. Echávarri olvidó sus resentimientos personales contra Santa Anna, y así, todos unidos, sólo se pensó en el buen éxito de la empresa.

El golpe estaba dado, con maestría.

CAE UN IMPERIO

La diputación provincial de Puebla adoptó el plan sin restricción alguna y comunicó su resolución a las diputaciones de las demás provincias. Entonces fue cuando la revolución se propagó por todas partes: asambleas legislativas, jefes militares, ayuntamientos, todos se apresuraron a adherirse al Plan de Casa Mata, y si alguno resistía era arrastrado por el torrente. Se vieron escenas ridículas, como en Saltillo, donde el clerigazo Ramos Arizpe, montado en una mula y con un trabuco en el arzón, excitaba al pueblo con el lenguaje más violento. Antes del fin de febrero el imperio de Agustín I estaba reducido a la ciudad de México. Lo más curioso era que en todas partes protestaban que nada intentaban contra

Escaneado con CamScanner

la autoridad del emperador. Este, al principio, pareció resuelto a combatir la revolución, pero al fin nada hizo, sino reinstalar el congreso disuelto (4 de marzo) al que envió el 19 su abdicación, la que fue discutida el 7 de abril, fecha en la que el congreso declaró nula la coronación "por haber sido obra de la violencia y de la fuerza". El mismo día quedaron anulados el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba.

"Así terminó míseramente —dice Bravo Ugarte—, sin duración, sin gloria, sin utilidad, el primer gobierno nacional... Víctima del liberalismo, pereció a la acción positiva de los liberales frenéticos y a la inacción "liberal" de Iturbide, adicto en exceso al sistema representativo... Grandes culpables fueron los que, en vez de cooperar con él en el establecimiento del gobierno que la Nación pedía, se le opusieron, sirviendo más o menos inconscientemente a los enemigos de la patria que deseaban ver a México inconstituído y destruyéndose en guerras civiles. Pero no está exento de culpa el mismo Iturbide, por haber desaprovechado la inmensa fuerza nacional del iturbidismo, que dejó debilitarse, y ordenó permaneciese inactiva, y por su actitud final, nula, en la que asoma el despecho. Copiosamente habría de derramarse la sangre mexicana en interminables luchas civiles, y más piadosa y patriótica hubiera sido la mano de hierro defensora inexorable del primer gobierno nacional. La Nación Mexicana, abandonada por Iturbide, quedó como nave sin piloto en medio de las furiosas tempestades de la política" [2].

PROTECTOR DE LA LIBERTAD

El mismo día en que abdica Iturbide, 19 de marzo, una flotilla compuesta de dos bergantines y dos goletas zarpa de Veracruz rumbo a Tampico, con quinientos soldados a bordo. Santa Anna es el jefe de la expedición, cuyo destino es San Luis Potosí, donde se hace necesario asegurar el triunfo de la revolución. La expedición llega a Tampico el 30 de marzo, desembarcan las tropas y sin perder tiempo se ponen en camino hacia Altamira, donde tienen un descanso. Después de varias jornadas fatigosas, durante las cuales Santa Anna enferma de "agudos dolores biliosos" e "impertinente diarrea", llegan a San Luis, que recibe a los revolucionarios con fiestas. San Anna ve halagada su vanidad con aclamaciones, versos y desfiles. Es ya una figura importante el autor del "glorioso grito de Veracruz". No lo oscurece la sombra colosal de Iturbide; pero no está contento. Triunfante el movimiento que él inició, otros, a quienes juzga sin los méritos que él se atribuye, ocupan el poder. En efecto, el congreso había electo un Poder Ejecutivo tripersonal formado por Victoria, Bravo y Negrete. Santa Anna está en segundo término y esto no puede agradar a quien ha pretendido por todos los medios ser el primero. Hay todavía muchas oportunidades de lograrlo. El plan

[2] José Bravo Ugarte, *Historia de México*, T. III, p. 159, Ed. Jus, 1944.

Escaneado con CamScanner

de destrucción de la unidad mexicana apenas ha sido puesto en marcha. Falta todavía el rabo, y mucho más, por desollar. Santa Anna, por su acometividad, su ambición y su aptitud desorganizadora, ha de ser un instrumento eficaz para la ejecución de ese plan.

Las partidarios del sistema federal necesitan un caudillo, y escogen a Santa Anna. Este recibe órdenes de jefes secretos que residen en la capital, se pone de acuerdo con Guerrero, e intempestivamente, el 5 de julio (1823), Santa Anna pone sobre las armas al regimiento número 8, marcha a la plaza principal de San Luis, y formada la tropa, un oficial lee una proclama en la que se declara que el pueblo de México pide el establecimiento de la república federal. En ese acto, Santa Anna se da el título de "Protector del Sistema Federal". Con ello se adelanta, otra vez, a los acontecimientos. Sabe que la federación vendrá porque así está decretado, y es él quien la pide, "a nombre del pueblo mexicano". El primer efecto de su proclama es atraer sobre él la atención, fin que buscaba. Quería que no se olvidaran de él, que su nombre anduviese en las bocas de todos, que lo tomaran en cuenta a la hora de organizar el nuevo estado.

LA PIEDRA FILOSOFAL

Para entender los sucesos de esta época en que se trata de constituir la nación, hay que explorar dos regiones: el suelo y el subsuelo. En la primera hallamos una frenética multitud de personas a las que llamaremos *románticos de la libertad* que creen deveras que las instituciones políticas de los Estados Unidos son la piedra filosofal que convertirá en oro la escoria de nuestra vida pública. Entre ellos circula una mala versión de la Constitución de los Estados Unidos, impresa en Puebla, en la que radica, a su juicio, el secreto de la prosperidad. Con estos románticos se mezclan otros hombres que sin pensar mucho en qué cosa conviene al bien del país, no dejan de meditar sobre qué es lo que puede convenirles a ellos. Son los *chambistas,* una legión de gente que quiere vivir de los empleos públicos. Estos consideran que una república federal es muy buena porque ofrecerá muchos empleos.

En el subsuelo, trabajando silenciosamente, están los que saben que desatando sobre la nación las furias de la guerra civil, arrojando a puñados sobre tierra fecunda los gérmenes de la anarquía y quebrando la todavía recia unidad de un pueblo, podrán apoderarse fácilmente de lo que pretenden y someter a su señorío una gran porción del viejo imperio español.

Estos, los genuinos directores de la vida pública mexicana a partir de la caída del primer gobierno nacional, emplearán como instrumento a los ambiciosos y a los románticos, a los despechados y a los ilusos.

Cuando Santa Anna da su segundo *grito* en San Luis —parece que en México nos entendemos a gritos— quizá sólo busca satisfacer una personal ambición

Escaneado con CamScanner

y ganar para sí la gloria reservada para otros. Es probable que se haya adelantado demasiado a los acontecimientos, porque su acción fue desautorizada. En efecto, lo obligan a desistir del *protectorato* y a presentarse en México, donde es procesado. Pero al mismo tiempo, y para calmar la agitación que reinaba en todas partes, se publicó la convocatoria para el nuevo congreso constituyente, que debería instalarse el 31 de octubre, y cuyas sesiones empezaron el 7 de noviembre. Este congreso aprobó en diciembre el Acta Constitutiva que adoptó el sistema federal, es decir, creó los estados libres y soberanos, a imitación de la constitución anglo-americana. Inútil fue que el Padre Mier, en un célebre discurso, se opusiera al proyecto de federación. Nadie podía desobedecer la consigna.

NUEVAS TURBULENCIAS

Parecía que la Publicación del Acta Constitutiva iba a calmar la inquietud; pero en vez de esto se multiplicaron las revoluciones. En Querétaro, Puebla y Cuernavaca estallaron motines, y en la ciudad de México el general Lobato se pronuncia y pide al congreso una ley que separe a los españoles de los empleos públicos. En el manifiesto que Lobato publica aparece la firma de Antonio López de Santa Anna, que ansioso de distinguirse, como siempre, se ofrece como mediador. El congreso se rehusa a oír a los revoltosos mientras no depongan las armas. Los pronunciados se amedrentan, viendo que nadie los sigue, y se someten. Lobato acusa a Michelena y a Santa Anna de ser los principales promovedores de la revuelta. Santa Anna rechaza la acusación y se presenta humilde ante la cámara pidiendo que lo dejen hablar desde la tribuna. En un manifiesto que publica dice que "si con sangre es necesario sellar la existencia, decoro y dignidad del congreso, Santa Anna será lo que es y lo que ha sido". Aquí tenemos nuevamente a este gran oportunista ofreciendo sangre, ahora a S. M. el Congreso, como antes la ofreció a S. M. el Emperador. Es hombre que va con los tiempos, que nada con la corriente, que gira según la dirección del viento.

El proceso que se le instruye por el alboroto de San Luis termina con su absolución. El tribunal que lo juzga considera que lejos de merecer castigo es digno de premio, ya que la nación había adoptado el sistema federal que él proclamó. En efecto se le premia con la banda de general de brigada y el nombramiento de comandante militar de la península de Yucatán, a donde se dirige, desembarcando en Campeche el 17 de mayo de 1824. En cuanto pisa tierra escribe una carta al ayuntamiento en la que protesta su "disposición a contribuir a los dulces objetos de la seguridad pública y de justas libertades que deben hacer felices a todos los individuos de este heroico estado".

Es Santa Anna, a la sazón, un hombre de 30 años, alto y delgado, ojos negros y muy vivos, nariz estatuaria, hirsutas patillas, piel cetrina por los frecuentes

Escaneado con CamScanner

derrames de bilis. Vive en perpetua agitación, motivada por su no satisfecha ambición de renombre y poder.

FRUSTRADA AVENTURA

El gobierno de México ha decretado la suspensión del comercio con España y sus colonias, decreto que afecta gravemente los intereses de los yucatecos, quienes mantienen estrechas relaciones comerciales con Cuba. Santa Anna, para atraerse la voluntad de los peninsulares, pospone la ejecución del decreto y llega a declarar que éste no afecta el comercio entre Yucatán y Cuba. La legislatura local, para halagar al general y ganarlo definitivamente a la defensa de sus intereses, lo nombra gobernador del estado, cargo que acepta el 20 de julio. Pocos días después se divulga en Yucatán la noticia del fusilamiento de Iturbide en Padilla y la casa de gobierno se llena de aduladores que van a felicitar a Santa Anna por la *muerte del tirano*. El gobernador hace un gesto de desagrado al recibir los parabienes y dice:

—No me alegra la muerte del caudillo de Iguala. Jamás fui su enemigo personal. En Yucatán no se le hubiese fusilado.

No pudo el comandante y gobernador servir al mismo tiempo a los intereses de los yucatecos y al gobierno federal, pues tuvo que obedecer las órdenes de éste en cuanto a la suspensión de las relaciones comerciales con Cuba, lo que provocó un fuerte disgusto en la provincia que mandaba. Entonces su imaginación viva discurrió un estupendo medio para salir airoso: organizar una expedición contra Cuba.

Vivía en México un grupo de cubanos que gestionaban ayuda para hacer la independencia de su patria. Puestos en contacto con Santa Anna, le ofrecieron el mando de la expedición que asaltaría el Morro y la Cabaña. Santa Anna acepta esta oportunidad de gloria y se pone luego a trabajar en la empresa. Recluta marinos en Campeche, manda hacer escalas para el asalto del castillo y ya se sueña aclamado por el pueblo de la Isla con el título de "Protector de la Libertad Cubana". Pero no contaba con la huéspeda, es decir, olvidó que se necesitaba autorización de Washington, cuyo gobierno, como era de esperarse, no bendijo la empresa: Cuba estaba reservada para otros conquistadores. Por supuesto, el gobierno de México también desautorizó el proyecto. Gómez Pedraza, ministro de la guerra, fue el único que opinó en favor de él, diciendo:

—Dejemos a Santa Anna que haga lo que quiera. Si triunfa, saldremos ganando; y si lo matan los españoles, también.

Don Antonio tuvo que desistir de sus propósitos, y en vista de que su situación en Yucatán no le deparaba ocasiones de brillar y sí le producía dificultades, envió su renuncia al congreso. El 25 de abril de 1825 dejó el gobierno del estado

Escaneado con CamScanner

y días más tarde embarcaba en Campeche para Veracruz. El presidente Victoria lo nombró entonces director del cuerpo de ingenieros, cargo del que toma posesión en junio, trasladándose a la ciudad de México, donde hace muy buena amistad con Lorenzo de Zavala y se ocupa apenas de su trabajo oficinesco, que le fastidia.

MANGA DE CLAVO

Por estos días —mayo de 1825— vuelve a México Mr. Joel R. Poinsett, con el carácter de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de los Estados Unidos. Fortalece el ministro las logias yorquinas y entran en tumulto a la nueva secta los *chambistas,* los aspirantes a diputados, los malversadores de fondos, en fin, toda la basura política de la nación. La guerra de partidos se hace encarnizada, se multiplican los periódicos políticos en los que se insultan soezmente unos a otros los distintos bandos, o sea, en resumen, que está hirviendo la caldera que ha de explotar pronto, destrozándolo todo.

Don Antonio López de Santa Anna, que por lo pronto no tiene nada qué hacer en aquella confusión, deja su empleo en México y se marcha a Alvarado, en donde se enamora de una linda criollita de 16 años, doña Inés García, y se casa con ella.

Por esta época compra en veinticinco mil pesos la hacienda de Manga de Clavo, situada entre Veracruz y Jalapa, a la que su dueño se retira para observar en perspectiva el desarrollo de los sucesos, sin perder de vista ninguna posibilidad de actuar. Santa Anna en Manga de Clavo es como un actor tras las bambalinas que espera el llamado del traspunte para salir al escenario y recitar su papel. De ahí parte a promover revoluciones, ahí se refugiará cuando la fortuna le sea adversa, y Manga de Clavo será, en los momentos de prosperidad del caudillo, la meca de los políticos mexicanos.

Desde su retiro, el general oye rugir la tempestad de odio desatada por los yorquinos contra los españoles en ejecución del propósito de ir destrabando las fuerzas que aseguran la nacionalidad. Se inventa la conspiración del Padre Arenas para justificar una brutal persecución racial. El congreso, dócil ejecutor de los designios de las logias, manda separar de sus empleos a los españoles y más tarde decreta la expulsión de una gran parte de ellos.

Santa Anna ve, digamos que complacido, cómo se van acumulando elementos para una nueva revolución. Esto le agrada porque le brindará la oportunidad de sacar nuevamente la espada y acaudillar al partido que tenga mayores probabilidades de imponerse.

Escaneado con CamScanner

ESCOCESES Y... ESCASECES

El partido escocés, arrollado por el poderío de los yorquinos a cuya disposición estaban los fondos públicos manejados por el ministro Esteva, notable miembro de esta secta, acusaba al gobierno de despilfarrar los muchos millones de los empréstitos y de faltar a las obligaciones contraídas con los acreedores, con menoscabo del crédito mexicano. Sonaba, en efecto, un alegre río de oro en el que navegaba a toda vela el partido yorquino. Los escoceses piensan entonces en destruir a sus adversarios y llevan a la práctica su idea mediante el coronel Manuel Montaño, quien se pronuncia en Otumba el 23 de diciembre de 1827 publicando el plan que lleva su nombre y en el que se pide: 1, la radical exterminación de las sociedades secretas; 2, la renovación total del gabinete; 3, la expulsión sin demora del ministro Poinsett; y 4, el cumplimiento de la constitución federal.

Una semana más tarde, el vice-presidente Nicolás Bravo, gran maestre de los escoceses, sale a ponerse al frente de la revolución promovida por Montaño, manifestando que "era necesario curar el mal en su origen, arrancando de raíz las sociedades secretas que lo causaban, e inutilizar los instrumentos principales de las facciones que eran a lo menos dos de los tres que estaban al frente del ministerio, y el plenipotenciario de los Estados Unidos del Norte". Bravo tomó el rumbo de Azcapotzalco, se reunió en la Salitrera con las fuerzas de Montaño y se situó en Tulancingo.

El gobierno confió el mando de las fuerzas destinadas á combatir la revolución al general Vicente Guerrero, que era uno de los personajes del partido yorquino.

SANTA ANNA SE VOLTEA

Los escoceses esperaban que Santa Anna, que pertenecía a su rito, se uniera a Bravo. Pero Santa Anna, que nunca fue leal a ninguna secta, a ningún partido ni a ningún compromiso, salvo cuando la lealtad no era incompatible con sus ambiciones, en vez de unirse a Bravo ofreció sus servicios al gobierno, no obstante que con anterioridad había escrito varias cartas a sus amigos de Veracruz recomendándoles que secundaran la rebelión. Santa Anna sabía que la fuerza estaba con el gobierno, y no iba, por lo mismo, a comprometer su posición adhiriéndose a un partido condenado a la derrota.

Santa Anna se reunió con Guerrero y pronto se presentaron frente a Tulancingo, cuyas débiles fortificaciones no podían resistir un asalto vigoroso. Las fuerzas del gobierno se lanzaron sobre la población al amanecer del 7 de enero (1828) y sin más bajas que seis muertos y seis heridos, se apoderaron de la plaza e hicieron prisionero a Bravo, con toda su gente.

Guerrero envió luego una comunicación a las logias de los Estados Unidos,

Escaneado con CamScanner

suscrita por él como Gran Maestre, y por Mejía su secretario, y refirió el triunfo no a las tropas del gobierno sobre los disidentes, sino a una masonería sobre otra.

Los pronunciamientos de Barragán en Veracruz y de Armijo en San Luis Potosí fueron también prontamente sofocados. Santa Anna, en premio a "su lealtad e intrepidez", fue nombrado gobernador de su provincia.

SANTA ANNA NO PERDONA

Con el destierro de Bravo, el partido escocés quedó destruido. Los yorquinos, al verse sin contrarios, se dividieron entre sí mismos, división que se manifestó al acercarse la elección del presidente cuyo período empezaría el 1º de abril de 1829. Dos fueron los candidatos de los yorquinos: Manuel Gómez Pedraza y Vicente Guerrero. El primero representaba la fracción moderada y el segundo la radical. En favor de Pedraza estaban el presidente Victoria, don José Ignacio Esteva y Ramos Arizpe, que asustado de los efectos de la demagogia, se había vuelto moderado. Guerrero tenía de su parte a Lorenzo de Zavala, al senador Alpuche, a Santa Anna y nada menos que al ministro Poinsett, quien sin el menor recato trabajaba activamente a su favor.

La elección se hizo el 1º de septiembre. De 18 estados votantes, 11 favorecieron a Gómez Pedraza, quien por lo mismo, resultó legalmente electo. Poinsett y los suyos quedaron vencidos en el terreno legal, pero no podían admitir la derrota.

Santa Anna odiaba a Gómez Pedraza desde que supo que éste dijo al saber su intento de mandar una expedición contra Cuba: "Déjenlo que lo haga; si triunfa, o si lo matan, de todos modos salimos ganando". Santa Anna no perdona; contra Iturbide se alzó porque le quitó el mando; contra Gómez Pedraza se alzará también porque le ofendió y, además, porque el partido de Poinsett es el fuerte.

En efecto, el 11 de septiembre sale de Jalapa con tropas del quinto batallón y se dirige a la fortaleza de Perote, cuya guarnición lo saluda con 42 cañonazos y gritos de entusiasmo. Desde Perote, Santa Anna lanza un *plan* en el que declara: 1, el pueblo y el ejército anulan la elección hecha en favor de Manuel Gómez Pedraza, a quien no admiten de presidente ni de vice-presidente; 2, pídase a las cámaras de la Unión una ley que mande expulsar a todos los españoles porque ellos son el origen de nuestros males; 3, elíjase presidente de la república a don Vicente Guerrero, benemérito de la patria.

Curioso documento éste: un revoltoso anula elecciones hechas legalmente, en nombre del pueblo, y manda que se elija otra persona. Así ha funcionado nuestra democracia.

Escaneado con CamScanner

El gobierno manda al general José María Calderón a someter a Santa Anna. Calderón ya había derrotado al insurrecto en otra ocasión, cuando proclamó la república, y conociendo Santa Anna que correría otra vez la misma suerte, salió de la fortaleza de Perote el 19 de octubre, a la cabeza de 600 hombres, y se dirigió a Oaxaca, a donde llegó el 27.

Batido Santa Anna en Oaxaca, de espaldas contra la pared y próximo a rendirse, la revolución cambia de aspecto, como había ocurrido en Veracruz. Lorenzo de Zavala, que andaba en el cerro perseguido por el gobierno, logra ponerse en contacto con los agentes de la revolución en la ciudad de México, a la que entra furtivamente con objeto de dirigir las operaciones de la *quinta columna,* formada por yorquinos. La organización era perfecta y ponerla a funcionar era tan fácil como hacer girar una llave. Un cañonazo disparado por el capitán Lucas Balderas en la puerta del edificio de la Inquisición, hoy Escuela de Medicina, en la Plaza de Santo Domingo, fue la señal para que empezara el jaleo. Al oír los conjurados la señal, dio el grito revolucionario el general Santiago García, que ocupaba con sus tropas el cuartel de la Acordada, que vino a ser el centro de los pronunciados, por lo que a esta sedición se le dio el nombre de *motín de la Acordada.* Zavala se presenta ante los disidentes y los arenga. Poco después el general José María Lobato se hace cargo de la dirección de la revuelta. El gobierno se dispone al combate. Las tropas fieles, al mando de Filisola, se sitúan en palacio, en las torres de la catedral, en la azotea de la diputación y en las alturas de otros edificios que dominan la Plaza de Armas. El día 2 los pronunciados rompen las hostilidades y se dirigen al centro de la ciudad, siendo rechazados. El 3, muy de mañana, forman una columna de ataque, avanzan sobre sus contrarios y llegan hasta la calle del Puente de San Francisco, donde se les recibe a cañonazos. La lucha continúa todo el día en diversas calles, con ligeras ventajas para los sublevados. Pero Gómez Pedraza se acobarda y huye disfrazado, lo que difunde el desaliento en los leales y anima a los sediciosos, quienes ven aumentar el número de sus partidarios. Zavala y Lobato, para atraerse al populacho, le ofrecen el saqueo del Parián, donde estaban las tiendas de ropa de los comerciantes españoles. Apoderados del palacio los disidentes, la plebe se lanzó sobre el Parián, desquició las puertas y consumó el más terrible saqueo de nuestra historia.

Dueños los pronunciados de la ciudad, el presidente Victoria celebra conferencias con ellos y el día 8 nombra ministro de la guerra a don Vicente Guerrero. El general Calderón levanta el sitio de Oaxaca y Santa Anna celebra su victoria el día 30. Poinsett le envía una calurosa felicitación, a la que responde diciendo: "Yo me congratulo de verme apreciado de un americano tan ilustre como el representante de la primera república del mundo de Colón, tan apreciado por sus grandes talentos como respetado por sus virtudes y patriotismo. Es incues-

Escaneado con CamScanner

tionable que la Nación que usted representa no desea otra cosa que la prosperidad de las nuevas repúblicas del continente americano, así por la identidad de principios que nos unen a todos, como por la natural filantropía que distingue a los angloamericanos".

El saqueo del Parián, del que fueron autores intelectuales Poinsett, Zavala, Lobato y camaradas, nos dio fama de salvajes. Un pueblo que mata a su emperador, que expulsa españoles inermes y que se apodera violentamente de bienes extranjeros, debe ser un pueblo vil —pensaban en otros países, equivocadamente por cierto, pues no era el pueblo el autor de esos excesos, sino sus enemigos visibles y ocultos.

El triunfo de esta revolución comenzada por Santa Anna se debió a las 120 logias yorquinas que eran otros tantos laboratorios de intrigas y depósitos de explosivos, hábilmente dirigidos por Poinsett y Zavala.

Gómez Pedraza renunció sus derechos a la presidencia y abandonó el país. El 12 de enero (1829) la cámara de diputados declaró nula la elección de Pedraza y nombró presidente a Vicente Guerrero y vice-presidente a Anastasio Bustamante.

Pero la revolución no está consumada. Falta ejecutar el segundo punto del Plan de Perote, o sea la expulsión total de los españoles. Poinsett, Zavala y Santa Anna insisten en que se cumpla, y el congreso aprueba la ley de expulsión el 20 de marzo, ley que con feroz rigor es puesta en ejecución, saliendo expulsadas del país miles de familias *mexicanas* de origen español. De esta manera una nación ya debilitada por la guerra civil permanente sufre una hemorragia que la dejará casi exangüe. Pronto estará lista para que el enemigo caiga sobre ella y se apodere de lo que codicia.

Tome en cuenta el lector que Santa Anna era hijo de criollos, que su sangre era, por lo mismo, española, y que estaba casado con una hija de españoles, y diga si no acusa descastamiento y falta de lealtad a su propia raza la participación que tomó en la bárbara persecución de la gente hispana, secundando el plan de un ministro extranjero visiblemente interesado en debilitarnos para destruirnos.

LA EXPEDICION DE BARRADAS

Después de los sucesos que estamos relatando ocurre un episodio cuyo desenlace confiere a Santa Anna el título de *salvador de la patria,* que invocará para ascender a los más altos puestos y en el que pretenderá fundar el derecho de decidir la suerte de la nación. Santa Anna había sido, hasta aquí, nada más que un afortunado promotor de revueltas; en lo sucesivo será *benemérito,* y bajo este nombre llegará a ocupar el sitio que en la vida política de México su ambición apetecía. Será, de hoy en adelante, el *primero.*

El episodio al que nos referimos fue la expedición de Barradas, que vamos a narrar brevemente.

Escaneado con CamScanner

Las noticias que se divulgaron en Europa después de la expulsión respecto al estado de anarquía en que se hallaba México y el descontento del pueblo con el sistema que lo regía, hicieron pensar al rey Fernando VII en la posibilidad de recobrar aquí su poder. Era cierto que los mexicanos querían la paz y un régimen que los dirigiera a ella, pero también que no estaban dispuestos a renunciar a la independencia. Pensando equivocadamente lo contrario, el gobierno español formó una expedición con el designio de reconquistar México y confió el mando de la empresa al brigadier Isidro Barradas. El día 7 de julio (1829) se hizo a la mar en La Habana una escuadra de guerra compuesta de un navío, dos fragatas, una goleta, un bergantín, una corbeta, quince buques de transporte y varias lanchas cañoneras, con dirección a las costas mexicanas. Los hombres de la expedición eran tres mil, al mando de Barradas. La expedición desembarcó en Cabo Rojo el 27 de julio y marchó a Tampico, plaza que ocupó sin resistencia.

Ahí estaba la oportunidad de gloria que Santa Anna había perseguido tan tesoneramente. Apenas supo, el 16 de julio, de la salida de la expedición, Santa Anna se aplicó con prodigiosa actividad a organizar las fuerzas destinadas a enfrentarse a la expedición. El gobierno no tenía dinero; pero Santa Anna lo sacó de donde pudo, imponiendo préstamos, exigiendo donativos. Enterado del desembarco, formó una bizarra flotilla con goletas, bergantines, piraguas, y embarcó en ella cerca de mil hombres. El 4 de agosto salió de Veracruz, impaciente de hallarse frente al enemigo y de realizar un sueño de grandeza: ver ceñidas sus sienes con la corona de laurel que la patria otorga a los que la salvan de un enemigo extranjero.

Desembarcó el general mexicano en Tuxpan el 11 de agosto y siguió a Tampico por tierra, llegando a la ribera derecha del Pánuco el día 20. Barradas había dejado en Tampico 500 hombres a las órdenes de Miguel Salomón, un coronel de 80 años, y con el resto de sus fuerzas se dirigió a Villarías y Altamira.

Santa Anna se propuso caer de sorpresa sobre Tampico y el mismo día 20 embarcó sus tropas en canoas y botes y cruzó el Pánuco. La sorpresa no fue posible porque Salomón, avisado del movimiento de las tropas mexicanas, se dispuso a la defensa. Sin embargo, Santa Anna emprende el ataque y comienza el fuego en la madrugada del día 21. Se combate durante las horas de la mañana, y creyendo Salomón que han pasado el río más tropas, pide cesación de hostilidades. Por la tarde se firma el armisticio. Barradas regresa a Tampico, celebra pláticas con Santa Anna y ambos jefes acuerdan que las tropas mexicanas abandonen el puerto a tambor batiente y banderas desplegadas y que los españoles no salgan del recinto que ocupan. Salen, pues, los mexicanos, cruzan el río y vuelven a Pueblo Viejo. Con esto, Santa Anna obtiene la oportunidad de recibir refuerzos, y por su parte, Barradas fortifica la plaza.

Veinte días emplean ambos bandos en prepararse. Con los refuerzos del general Mier y Terán y 500 jinetes que de Jalapa habían ido por tierra, Santa

Escaneado con CamScanner

Anna organiza el asalto a Tampico. Barradas, con su campamento lleno de insolados y de palúdicos y escasas provisiones de boca, pide entrar en arreglos con los mexicanos. Santa Anna se rehusa y determina asaltar el fortín de la Barra en la madrugada del día 10. Cuando las tropas empezaban a movilizarse, la noche del 9, se desata un furioso huracán que arrasa las fortificaciones levantadas por Barradas, agita las aguas del río en las que desaparecen las canoas de los mexicanos y destruye los depósitos de parque de ambos lados. Cesada la furia del ciclón, los generales mexicanos Santa Anna y Mier y Terán arengan a sus tropas y acometen contra el fortín de la Barra, desmantelado por el huracán. Conquistan el primer parapeto, después de una lucha cuerpo a cuerpo, obligando a la guarnición a retirarse al segundo, y cuando Mier y Terán se disponía a lanzar un segundo asalto, en la madrugada del 10, Barradas iza bandera blanca y la lucha termina con la capitulación de las fuerzas expedicionarias, firmada a las 3 de la tarde del 11 de septiembre de 1829.

La noticia de la capitulación llegó a México el 20, y es festejada con disparos de cañón y repiques de campana. La multitud recorre las calles con bandas de música, enloquecida de alegría. Ha nacido un héroe popular: Antonio López de Santa Anna. El congreso lo declara Benemérito de la Patria.

El día 25 Santa Anna vuelve a Veracruz, donde sus paisanos lo reciben con gozo delirante. El 4 de octubre llega el general victorioso a la ciudad de México para entregar al presidente las banderas quitadas al enemigo extranjero. Los poetas escriben odas en su honor. Antonio López de Santa Anna paladea el sabor de la gloria.

CLAMOR CONTRA EL PROCONSUL

El héroe popular hizo la lucha por que se le nombrara ministro de guerra, pero sin resultado. Santa Anna *robaba cámara,* como se dice ahora, esto es, opacaba con su figura las demás del escenario, y tanto por este motivo como porque era temible su capacidad para la intriga, no obtuvo lo que pretendía, en vista de lo cual se retiró a Veracruz, haciéndose cargo del mando civil y militar de esta provincia.

La administración del presidente Guerrero, entre tanto, había caído en el mayor descrédito. Los negocios públicos andaban muy mal, no había dinero en las cajas del Estado, la paz era precaria.

Detrás del caudillo suriano estaba Lorenzo de Zavala, su ministro de hacienda, y detrás de éste, el ministro Poinsett, contra quien se alzó un formidable clamor popular que lo señalaba como el culpable de todos los males que sufría el país. En octubre, las legislaturas de Puebla y Michoacán elevaron una iniciativa en el sentido de que Zavala fuese separado del ministerio y se expidiese pasaporte al ministro Poinsett. El gobierno tuvo que ceder a esta petición y solicitó de Washington el retiro del plenipotenciario.

Escaneado con CamScanner

El disgusto popular contra el régimen Zavala-Poinsett tomó la forma de una protesta armada el 4 de diciembre, en que el vicepresidente Bustamante, con Melchor Múzquiz y Antonio Facio, proclamaron un plan de Jalapa cuyo fin era la renovación de "aquellos funcionarios contra quienes se había explicado la opinión pública", lo que significaba la destitución de Guerrero. Los autores del plan convidaron a Santa Anna a que lo adoptara; pero éste, que había renunciado el mando militar y civil de Veracruz y retirádose a su hacienda de Manga de Clavo, no aceptó la invitación, expresando que estaba de acuerdo en todos los puntos del plan, pero no en el modo porque "las revoluciones son verdaderos males de fatal trascendencia, y ya venza este partido, ya el otro, la nación resiente graves perjuicios". Santa Anna, que había promovido todas las revoluciones anteriores, conocía por experiencia los efectos de los pronunciamientos. ¿Estaba arrepentido? ¿Realmente detestaba los medios violentos? Ya se verá.

Guerrero pidió permiso a las cámaras para encabezar el ejército que sometería a los revolucionarios, permiso que le fue concedido, nombrándose presidente interino a José María Bocanegra. Guerrero salió de México rumbo a Puebla a batir a los pronunciados, pero sabiendo que la opinión general apoyaba el movimiento armado, en vez de marchar contra los rebeldes, dio vuelta al Popocatepetl y se fue a internar a sus montañas, en el sur.

Santa Anna abandonó su retiro en Manga de Clavo, y haciéndose de nuevo cargo del gobierno de Veracruz, se dispuso a defender al gobierno que él mismo había contribuido a establecer.

La revolución de Bustamante triunfó sin disparar un tiro porque estaba apoyada por la fuerza de la opinión. Guerrero renunció a la presidencia y Bustamante se hizo cargo de la misma el 1º de enero de 1830. Santa Anna, al saber que Guerrero había desistido de la lucha, se retiró a Manga de Clavo.

El 3 de enero, Poinsett salió de México. *El Sol* dio la noticia en los siguientes términos: "El domingo 3 de enero salió de México Poinsett. Al huir de entre nosotros este famoso autor del yorkinismo, iba acompañado de millones de maldiciones".

OTRA VEZ LA BOLA

El régimen de Bustamante fue nacionalista, sin sujeción a ningún poder extranjero. Don Lucas Alamán era el cerebro del gobierno cuya gestión fue la única constructiva en esta época turbulenta.

Por eso mismo, porque era un régimen ordenado al bien de la nación, no podía durar. Las fuerzas desorganizadoras se propusieron dinamitarlo. Y el instrumento de esta operación tenía que ser... don Antonio López de Santa Anna, el mismo que se había negado a tomar parte en la revolución de Bustamante alegando "que las revoluciones eran verdaderos males de fatal consecuencia".

El 2 de enero de 1832, Pedro Landero, comandante militar de Veracruz y

Escaneado con CamScanner

que había malversado 18,000 pesos pertenecientes al regimiento número 9, al saber que el gobierno se proponía exigirle cuentas, alzó la bandera de la rebelión, en el castillo de San Juan de Ulúa.

Los pronunciados ofrecieron el mando de las tropas a don Antonio, quien se hallaba en Manga de Clavo esperando, justamente, la oportunidad que se le presentaba, y el 4 de enero se dirigió a Veracruz para encabezar la sedición.

No era éste un brote de rebelión ocurrido al acaso, sino el fruto maduro de una larga y vasta conspiración. Santa Anna venía a ser sólo la cabeza visible de la revuelta.

Como todas las revoluciones comenzadas por Santa Anna, ésta parecía destinada a fracasar, pero las circunstancias se combinaron en tal forma que al fin resultó victoriosa.

El gobierno destacó contra el levantisco al hombre que había sido su *coco*: don José María Calderón, que ya le había dado dos o tres palizas. En Tolomé, lugar de Veracruz, las tropas de Calderón, en sangrienta batalla, hicieron pedazos las fuerzas de Santa Anna, el que se retiró al puerto con los maltrechos restos de su división. El general Calderón, que era lento en sus determinaciones, debió arrojarse sobre él implacablemente para rematarlo, pero no lo hizo, sino que le dio tiempo para que fortificara la plaza, que fue puesta en estado de sitio.

Santa Anna, pues, como en otras ocasiones, se halla en Veracruz, derrotado; pero la revolución continúa. Esteban Moctezuma, comandante militar de Tamaulipas, se pronuncia con sus fuerzas el 20 de marzo, en el sentido que lo había hecho la guarnición de Veracruz, y hace otro tanto el coronel Barragán en el Valle del Maíz, mientras que los gobernadores de Zacatecas y Jalisco, Francisco García e Ignacio Cañedo, reúnen y adiestran tropas para lanzarlas a la revolución. Su proyecto era proclamar la legitimidad de la elección de Gómez Pedraza, elección que había anulado el mismo Santa Anna. Valentín Gómez Farías y el diputado Luis de la Rosa formaron el plan en el que se pedía la restauración de Pedraza, y eligieron al general Ignacio Inclán para que lo proclamara, quien lo hizo el 26 de abril en Lerma, o sea a unos kilómetros de la capital.

Calderón se vió obligado a levantar el sitio de Veracruz y Santa Anna salió hacia Jalapa en busca de sus contrarios. Entonces es invitado por las legislaturas de Zacatecas y Jalisco a que adopte el plan proclamado en Lerma. Santa Anna, el mismo que había declarado nula la elección de Gómez Pedraza el 16 de septiembre de 1828 en Perote, ¡adopta el nuevo plan y reconoce por presidente constitucional de la República a Gómez Pedraza! No hay en la historia, nos parece, otro caso como éste de desvergüenza.

La revolución cunde. Mejía y Zavala se adhieren a ella en Tejas. Moctezuma se apodera de San Luis. Ante la gravedad de la situación, el congreso da licencia a Bustamante para que deje el puesto y se ponga al frente del ejército, nombrando presidente a don Melchor Múzquiz. En el Gallinero, estado de Guanajuato, se da

Escaneado con CamScanner

la más terrible batalla de esta guerra civil, entre las tropas de Bustamante y las de Moctezuma. Después de varias horas de lucha tenaz, los rebeldes fueron completamente derrotados dejando sobre el campo más de dos mil muertos. Santa Anna derrota a Facio en San Agustín del Palmar y ocupa Puebla. Pedraza desembarca en Veracruz el 5 de octubre. La revolución es ya invencible y termina con los tratados de Zavaleta, firmados el 21 de diciembre en la hacienda de ese nombre, ubicada en los suburbios de Puebla, tratados en los que se reconoce como presidente legítimo a Gómez Pedraza hasta el 1º de abril de 1833, fecha en que debería terminar su período legal.

He aquí las vicisitudes de la democracia mexicana: Pedraza, el que huye cobardemente de la capital y renuncia a los derechos de la presidencia, que deja en manos de Guerrero, por virtud de la revolución de Santa Anna, vuelve tres años después a ocuparla, gracias a otra revolución de Santa Anna. Y no era que éste hubiese olvidado los agravios recibidos de Gómez Pedraza o que quisiese reparar su falta. Era, simplemente, que Pedraza servía ahora a su ambición. En efecto, sería sólo un puente para que él llegara a la suprema magistratura.

Santa Anna y Pedraza entran victoriosos a la capital el 3 de enero.

Vuelto a Manga de Clavo, Santa Anna lanza una proclama en la que dice:

"Toda mi ambición se limita a trocar la espada por el arado. Si alguna mano volviere otra vez a turbar la paz pública y el orden constitucional, no os olvidéis de mí; volaré a vuestro llamamiento".

La nación festejó con estrepitosa carcajada esta baldía proclama.

AL FIN PRESIDENTE

Apenas subió Pedraza a la presidencia, dio vuelta al conmutador de las corrientes perturbadoras, cerrado durante la administración de Bustamante.

En efecto, inmediatamente anudó la brutal persecución antirracial, expidiendo un nuevo decreto de expulsión contra los españoles que habían vuelto al país "al abrigo de un gobierno humano y justo". Rigor implacable en la ejecución del plan destructor era la consigna.

A Pedraza sólo le correspondió escribir el breve prólogo de la obra reservada al siguiente gobierno, que entró en funciones con Antonio López de Santa Anna a la cabeza quien, como era de esperarse, resultó electo presidente por unanimidad de votos.

El nuevo congreso se formó exclusivamente de miembros del partido yorquino, caracterizados por el más firme color rojo.

Santa Anna, que estaba al corriente del programa que sería puesto en práctica, operó una maniobra política habilísima, que consistió en esto: dejó en la presidencia al vice-presidente Valentín Gómez Farías, yorkino tozudo y feroz,

Escaneado con CamScanner

con objeto de atraer sobre él la odiosidad del pueblo, y luego presentarse el propio Santa Anna como salvador.

Una de las cualidades de Santa Anna era, sin duda, su extraordinaria sensibilidad para percibir el sentido de los movimientos populares. Adivina la causa que tendrá la simpatía de la opinión y se pone al frente de ella en el momento más oportuno. Este es el secreto de sus frecuentes ascensiones al poder.

Quedó, pues, en la presidencia, Gómez Farías, y Santa Anna se retiró a Manga de Clavo a observar en perspectiva el curso de los sucesos, administrando sabiamente el arte de ser indispensable.

UNA PARODIA DE LA REVOLUCION FRANCESA

Gómez Farías se aplicó luego a poner en escena una ridícula parodia de la revolución francesa, parodia en la que a él le tocaba la parte de Robespierre y al congreso el papel de la Convención.

En vez de organizar la hacienda pública, que estaba en quiebra desde que los caudillos revolucionarios se robaron el mucho dinero que había en las arcas públicas bajo la administración de Bustamante, en la que Alamán, con su magistral política económica, sacó del atolladero a la nación; en vez de fortificarla para dominar la inminente rebelión de los tejanos y resguardar con ello la integridad del territorio nacional, supremo deber de todo gobernante, el faccioso Gómez Farías se dedicó a perseguir monjas, atacar la religión de los mexicanos, desunir al pueblo, expulsar españoles y perturbar, en suma, la paz de la sociedad. Era Gómez Farías el fiel ejecutor del plan trazado por el partido yorquino.

Se alarmó la gente en cuanto la parodia empezó a ser representada, y para calmar la inquietud, Santa Anna se hace cargo del poder; se pronuncia entonces, en Morelia, el coronel Ignacio Escalada, al grito de ¡Religión y fueros! Santa Anna sale a sofocar el movimiento y deja otra vez la presidencia en manos de Gómez Farías. Las tropas a cuyo frente marcha Santa Anna para sofocar la rebelión, se pronuncian en el camino con el general Mariano Arista, en contra de Gómez Farías, e invitan al propio Santa Anna a que dirija el movimiento, proclamándolo dictador. Santa Anna se rehusa y es declarado prisionero, con las consideraciones debidas al jefe de la nación. En la capital estalla un motín que el gobierno consigue dominar. Pocos días después Santa Anna se fuga de Cuautla de Amilpas y se presenta en México, donde es recibido con fiestas. Don Valentín le cede otra vez la silla, el 18 de junio.

Entre tanto el congreso continúa sañudamente su obra persecutoria. Había el propósito de exterminar a todos los personajes del partido opuesto, y al efecto se expide, entre otras leyes, la llamada *ley del caso* en la que figuraban los nombres de 51 personas que deberían ser desterradas, sin explicar el motivo del destierro, y al fin de la lista se disponía que la ley sería aplicada a todos los que

Escaneado con CamScanner

se hallasen en *el caso*, sin definir éste. Bustamante, Michelena y Domínguez fueron encerrados en el edificio de la inquisición y llevados luego al navío *Asia* que estaba de pontón en Veracruz. A nadie se le hacía saber la causa de su prisión. Santa María, el que hizo la proclama de la república con Santa Anna, también fue incluído en la *ley del caso*: la revolución estaba devorando a sus propios hijos.

Como los generales Arista y Durán, que encabezaban la sublevación, acercábanse a Puebla, Santa Anna sale de nuevo a campaña y deja otra vez a Gómez Farías en la presidencia, en los primeros días de julio.

EL SALVADOR

Tres meses dura la campaña del presidente, quien vuelve al poder por unos días y se retira a su hacienda de Manga de Clavo, dejando como siempre a Gómez Farías.

Durante los últimos meses de 1833 el congreso lanza su embestida central contra la Iglesia. El golpe más certero fue la exclusión completa del clero de la enseñanza pública y la clausura de la Universidad, gloria que hay que acreditarle a don Valentín. Era necesario, según el plan trazado, que el pueblo de México quedara en condiciones de rebuznar. Por lo mismo, había que prohibir a los educadores que educaran, había que cerrar los centros de cultura. Mientras más ignorante fuese el pueblo, la dominación sería más fácil.

En esta desenfrenada carrera de radicalismo, que la anti-nación organizó, también participaron las legislaturas de los estados, expidiendo decretos antirreligiosos.

Santa Anna, desde su hacienda de Veracruz, dejaba hacer al congreso y a su lugarteniente, esperando que la tormenta estuviese a punto de reventar para presentarse como salvador. Cuando el clamor era general e incontenible la ira de un pueblo atacado en sus derechos inviolables, el taimado Santa Anna decidió erguir la figura de redentor de los oprimidos, y el 24 de abril de 1834 se presenta en la capital, quita el mando a Gómez Farías, cierra el congreso, deroga leyes, abre las puertas del país a los desterrados, repone la Universidad y expulsa a agitadores como el Padre Alpuche.

La nación lo aclama. El caudillo ha sabido ponerse al frente de una causa popular.

Se dice que a partir de esta época, don Antonio se separa del partido yorquino y que cambia radicalmente de tendencias políticas. Pero tal cosa será desmentida por acontecimientos posteriores. En realidad Santa Anna nunca se ligó definitivamente a ningún partido. Estaba por encima de todos, pues "ora trabajando por el engrandecimiento ajeno, ora por el propio; proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos; elevando un partido para opri-

Escaneado con CamScanner

mirlo y anonadarlo después y levantar al contrario, teniéndolo siempre como en balanza: su nombre hace el primer papel en todos los sucesos político del país" [3].

Realizada su empresa salvadora, el caudillo renuncia la presidencia en el mes de enero de 1835, renuncia que no se le admite, pero se le concede licencia para retirarse temporalmente y se nombra presidente interino al general Miguel Barragán, potosino, y Santa Anna regresa a su hacienda.

El congreso, con el propósito de limitar el poder de los estados, expide una ley que impone la reducción de las milicias cívicas, lo que provoca la rebelión del gobernador de Zacatecas, Francisco García, hechura de Gómez Farías. Santa Anna sale a someterlo y derrota las fuerzas del insurrecto en una batalla que se libró el 11 de mayo cerca de Zacatecas, ciudad que ocupa el victorioso, quien el 21 de julio hace su entrada triunfal a la ciudad de México. El congreso lo declara benemérito de la patria en grado heroico.

CENTRALISMO Y GUERRA

Imputando al sistema federal el origen de la anarquía en la que ha vivido el país, algunos mexicanos piensan que el remedio consiste en adoptar la forma de república central, lo que se pide con las armas en la mano. Hay levantamientos en San Juan de Ulúa, Orizaba y Toluca que tienen por finalidad establecer el centralismo. La opinión se inclina en este sentido, y el congreso, por ley del 9 de septiembre, declara que ambas cámaras se reunirían en una y que "estaba investido por la nación de amplias facultades, aun para variar la forma de gobierno y constituirla de nuevo". El 22 publica otra ley en que dispone reasumir las atribuciones comunes y peculiares de cada cámara, y el 23 de octubre, reunidas las dos cámaras, dan las bases para una nueva constitución y mandan cesar las legislaturas de los estados.

El cambio de sistema sirvió de pretexto a los tejanos para sublevarse y proclamar su independencia respecto de México.

ANTECEDENTES DE LA CUESTION DE TEJAS

Tejas era una provincia mayor que Francia y casi tan variada como ésta en clima y en riquezas. Los exploradores encontraron allí fértiles llanuras, mesetas yermas, anchas praderas magníficas para el cultivo del algodón y otras de tierra liviana propias para el de cereales, y la altiplanicie o Llano Estacado donde pacían inmensos rebaños de bisontes y caballos salvajes. A esta profusa tierra, que siempre excitó el apetito del vecino, renunciaron en apariencia los Estados Unidos

[3] Lucas Alamán, *Historia de México*, t. V, p. 637.

Escaneado con CamScanner

al firmar con España, el 22 de febrero de 1819, y merced a las gestiones del embajador Luis de Onís, un tratado de límites en que se convino que el río Sabinas y el Red River fijaban la línea de la frontera suroeste, reconociendo así claramente los derechos de España sobre Tejas, derechos de los que fue causahabiente la nación mexicana al independizarse.

El caudal de inmigrantes que se derramó sobre los Estados Unidos hizo que la población de Missouri, Kentucky, Georgia y Luisiana se desbordara más acá del límite fijado en los tratados de 1819. La manera de contener esta balumba de gentes de otras razas habría sido la de encauzar hacia Tejas una poderosa corriente de población española, pero esto no se hizo. La política de Felipe II de sembrar de villas y ciudades la Nueva España había sido abandonada, y su renovación en los casos de Tamaulipas y las Californias no se aplicó a Tejas, donde el gobierno virreinal ejercía un dominio puramente burocrático, a través de presidios y misiones establecidos a distancias enormes unos de otros. Estas circunstancias favorecían las pretensiones de los Estados Unidos.

"¡AYUDAME, MARIA SANTISIMA!"

Tejas respondió al primer grito de revolución contra España. En 1811 el capitán Casas se apoderó de San Antonio, donde estableció un gobierno independiente, pero poco después una contrarrevolución restableció el orden virreinal. Luego siguió la invasión de Bernardo Gutiérrez de Lara, con filibusteros anglo-americanos.

Gutiérrez de Lara, herrero y comerciante de Tamaulipas, tomó parte en la revolución de Hidalgo y militó bajo las órdenes de Allende. Después de la aprehensión de los principales jefes insurgentes, Gutiérrez de Lara marchó a los Estados Unidos a obtener ayuda para la causa, en compañía de José Menchaca. Llegaron a Natchitoches, Luisiana, donde fueron muy bien recibidos; el primero continuó su viaje a Washington, provisto de dinero y cartas de recomendación que allí le proporcionaron. Menchaca, a la cabeza de 400 forajidos, debería marchar contra San Antonio.

El 11 de diciembre llegó a Washington y ese mismo día fue recibido por el secretario de la guerra, con quien tuvo una larga conferencia. El secretario consultó a Gutiérrez su parecer sobre la conveniencia de mandar un ejército sobre el Río Grande. Gutiérrez contestó que eso no le parecía bien. En una segunda conferencia el secretario insistió en que le diera por escrito su opinión acerca del propósito de los Estados Unidos de tomar posesión de la tierra hasta el Río Bravo. Gutiérrez quiso evadir la cuestión, pero se le acorraló de tal manera, que al exponer la situación en que se hallaba, escribe en su diario: "ayúdame, María Santísima, y líbrame de estas gentes". El caso no era para menos: Gutiérrez de Lara

Escaneado con CamScanner

iba en busca de ayuda para la independencia y los Estados Unidos querían esta independencia en forma de anexión de México a su propio territorio.

Gutiérrez dejó Washington y fue a Nueva Orleans donde se le puso en contacto con William Shaler, agente confidencial encargado de propagar la revolución en México. Shaler se hizo cargo de los gastos de Gutiérrez, quien no sospechaba que era un espía de Monroe. Ambos establecieron su centro de operaciones en Natchitoches, de donde salía propaganda impresa. Se organizó un ejército de aventureros, al mando de Augusto Magie, que a principios de agosto (1812) invadió Tejas ocupando sin resistencia varias ciudades. Pronto la bandera verde de Tejas ondeaba sobre todo el territorio. Salcedo, el gobernador español, los resistió por varios meses, hasta que los revolucionarios tomaron San Antonio. Ya en San Antonio, las gentes no reconocieron más autoridad que la de Gutiérrez, con gran contrariedad de los angloamericanos. El 6 de abril (1813) se declaró la independencia del estado de Tejas y poco después Gutiérrez de Lara fue nombrado Presidente Protector. En la Constitución que promulgaron se declaraba que Tejas permanecería inviolablemente unida a México y que se conservaría intacta la religión católica. Shaler mandó un ejemplar de la constitución a Monroe, quien se enojó al ver que las cosas habían tomado un curso distinto del que esperaba. Finalmente, un ejército realista, al mando de Joaquín Arredondo, derrotó a los rebeldes el 18 de agosto, y todos los americanos que habían entrado a Tejas regresaron a Luisiana.

EMPRESAS COLONIZADORAS

El tratado de 1819 daba a los habitantes de la Florida el derecho de trasladarse a tierras de la corona. Conforme a esto, Moisés Austin se dirigió en 1820 a Béjar para arreglar con el gobierno el establecimiento de una colonia. Austin fue sometido a riguroso examen y dijo que era católico y antiguo súbdito del rey de España, que deseaba establecerse en Tejas y cultivar algodón, azúcar y maíz; que no traía consigo más que una escopeta, una pistola, dos caballos y dinero necesario para el viaje; y que era el representante de 300 familias deseosas de vivir en Tejas. El permiso de colonización se extendió el 17 de enero de 1821, imponiéndose como condición que todas las familias fuesen de Luisiana, que todas profesasen la religión católica y que dieran constancia clara de sus buenas costumbres. Moisés Austin murió en junio siguiente y recomendó a su hijo Esteban que continuara la empresa.

MISION DE POINSETT

Uno de los motivos del viaje de Poinsett a México en 1822 fue el de hacer proposiciones a Iturbide respecto de cambios de límites. Si Poinsett tenía éxito,

Escaneado con CamScanner

se reconocería a Iturbide para que firmase el convenio; si no lo lograba, había que derrocar al emperador.

Iturbide nombró a Juan Francisco Azcárate para que escuchara las proposiciones de Poinsett, quien, en resumen, propuso que la línea se cambiara de modo que México perdiera Tejas, la mayor parte de Coahuila y Sonora, las Californias y Nuevo México. Reprimiendo la ira, Azcárate le contestó que nuestro gobierno no cedería un solo palmo de tierra.

Con rara inconsecuencia —pues si el emperador se rehusaba a ceder tierra no debía favorecer la inmigración extranjera— Iturbide ratificó la concesión otorgada a Austin por el gobierno español. A la caída de Iturbide, el congreso declaró sujetos a revisión todos los actos del imperio, pero el 14 de abril de 1823 confirmó la concesión Austin, el que en 1825 obtuvo permiso para introducir 300 familias más, que luego se amplió a 500; en 1827 obtuvo otra concesión para 100 familias, otra en 1828 para 300 y en 1831 otra para 800.

Austin escribía en 1830: "Mi único objeto y el único fin de mi ambición, desde que por primera vez ví Tejas, fue redimirla de su abandono, colonizarla con gente inteligente, honorable y emprendedora... Considero que la liberalidad y la confianza con que este gobierno ha tratado a los emigrantes que vienen aquí de buena fe, imponen una obligación moral de dar en cambio al menos una mediana gratitud. Mi lema ha sido: redención de Tejas de su estado selvático, fidelidad y gratitud a mi patria adoptiva y lealtad a los intereses de mis colonos".

En efecto, Austin había obtenido del gobierno de México lo que jamás habría conseguido en su propio país, ni en ningún otro.

Varias concesiones más otorgó el gobierno. Entre ellas tienen interés las de David Burnet, dos de Joseph Vehlein y la de Zavala, los cuales se unieron con capitalistas de Nueva York y Boston en una compañía titulada Galveston Bay and Texas Land Company, para promover la colonización en gran escala.

Entre tanto, Poinsett, nombrado ya ministro plenipotenciario, fue autorizado por su país para ofrecer por la cesión de Tejas una buena suma de dinero. En 15 de agosto de 1829, Martín Van Buren, secretario de Estado, dirigió una comunicación a Poinsett en la que le dice: "Es el deseo del presidente (Jackson) que sin demora abra negociaciones con el gobierno de México para la compra de una porción de la provincia de Tejas... el momento actual es particularmente favorable para el objeto". Poinsett ya no pudo presentar estas proposiciones porque tuvo que salir de México a petición del gobierno, presionado por la opinión pública.

Las gestiones fueron continuadas por el nuevo embajador, Antonio Butler, el que recibió un duplicado de las instrucciones dadas a Poinsett, y fue autorizado para "usar todos los medios, aun los de carácter equívoco, para conseguir el resultado", o sea la compra de Tejas.

Escaneado con CamScanner

REMEDIO TARDIO

El patriota gobierno de Bustamante, dirigido por Lucas Alamán, quiso poner remedio a la situación creada por las numerosas colonias extranjeras de Tejas, pero ya era tarde. Se dio una ley el 6 de abril de 1830 que disponía se crearan comisionados que vigilaran la entrada de nuevos colonos, se autorizaba al gobierno para tomar tierras donde establecer colonias mexicanas, se prohibía la introducción de nuevos colonos y se mandaba auxiliar con dinero y útiles de labranza a las familias mexicanas que quisieran ir a Tejas. Además, y siempre por inspiración del patriota Alamán, se mandó fortificar diversos puntos, levantar tropas y establecer aduanas. El general Manuel Mier y Terán, hombre valioso, fue el encargado de hacer cumplir las disposiciones del gobierno, y puso manos a la obra organizando y disciplinando, en primer lugar, una considerable fuerza militar; se propuso en seguida poner en pie las milicias cívicas de los tres estados de Oriente, y con ello y las compañías presidiales que le servían de apoyo, juzgaba que podría sofocar cualquier sublevación de los colonos. Mier y Terán era un buen jefe militar, sereno, valiente, previsor, y quizá bajo su dirección los colonos rebeldes habrían recibido merecido castigo. Pero este buen mexicano, después de la sublevación de Santa Anna y los primeros brotes de rebelión en Tejas, abrumado por el pesar, se suicidó en Padilla el 3 de julio de 1832, escogiendo para su muerte el mismo lugar en que fue fusilado Iturbide.

Derrocado el gobierno de Bustamante, el de Gómez Farías, en vez de continuar la política impuesta por aquél, derogó la prohibición de que entraran nuevos colonos a Tejas y se dedicó, como hemos dicho, a perseguir monjas y encarcelar españoles.

COMIENZA LA REBELION

El movimiento de Santa Anna contra Bustamante fue —tenía que ser— apoyado por los colonos. El cubano Mejía, movido por Zavala y otros especuladores de tierra, ocupó Matamoros, dirigiéndose a Tejas en unión de Austin. Las tropas de Terán fueron retiradas, quedando sólo las guarniciones de Goliad y San Antonio. Unos historiadores norteamericanos refieren con las siguientes sarcásticas palabras la actitud de los pobladores de Tejas, por ese tiempo: "Los colonos norteamericanos admiraban la habilidad de jinetes de sus vecinos mexicanos, y adoptaron su tipo de silla y sus arreos, y es de temer que en muchas ocasiones se apropiarán también sus caballos; pero su actitud general con respecto a México era de festivo desprecio para el pueblo y de impaciencia por las restricciones que su gobierno trataba de imponerles. Con el transcurso del tiempo el desprecio no disminuyó, pero los motivos de irritación se multiplicaron" [4].

[4] Samuel Eliot Morison y Henry Steel Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*, T. II, p. 10. Ed. *Fondo de Cultura Económica*, 1951.

Escaneado con CamScanner

Festivo desprecio para el pueblo, y no la *mediana gratitud* que Austin había exigido, era la actitud de aquellos aventureros a los que México había dado todo lo que tenían.

Esteban Austin se afilió decididamente al partido liberal, que era el que convenía a sus propósitos, los que se manifestaron más claramente al reunirse, en abril de 1833, una convención en San Felipe en la que se pidió la separación de Tejas respecto de Coahuila, con la que formaba un solo estado. A esta convención concurrió Sam Houston, que había sido senador y gobernador de Tenessee, y quien representaba fielmente la nueva ralea de matasietes, aventureros y bandidos que trataba de apoderarse del suelo de México. Burnet, Archer, que había matado en duelo a un rival, los hermanos Bowie, inventores del cuchillo que lleva su nombre, Davy Crockett, forajido profesional de Tenessee, "y muchos otros hombres de ambición desmedida que habían abandonado su país por fortuna para éste", constituían la flor de las colonias tejanas dispuestas a la usurpación.

La asamblea de San Felipe formó un proyecto de constitución para el estado de Tejas del que fue autor Sam Houston, y acordó que una comisión pasara a la ciudad de México a presentar el resultado de sus deliberaciones. Finalmente esta comisión la tomó a su cargo Esteban Austin, quien se presentó en la capital, donde fue reducido a prisión. El juez de distrito lo puso en libertad bajo fianza, y posteriormente Austin volvió a Tejas acogiéndose a la ley de amnistía que dio Santa Anna.

ZAVALA PROMUEVE LA INSURRECCION

Lorenzo de Zavala llega a Tejas cuando se establecía en México el sistema central. Temeroso de que fueran puestas nuevamente en vigor las disposiciones dictadas por el gobierno de Bustamante y de que, por lo mismo, se pusiera término a las especulaciones de tierras de las que él había sacado harto provecho, describió la impotencia del estado mexicano para mandar una expedición contra los colonos, los excitó a la insurrección, y tomando los pueblos las armas, se lanzaron a la revuelta. Zavala fue secundado por un aventurero llamado Juan Austin, que empezó a recorrer la provincia llamando a los habitantes a las armas para hacer la independencia. Los Estados Unidos favorecían no muy secretamente el movimiento y diariamente salían buques mercantes de Nueva York y Nueva Orleans cargados de armas para los puertos de Tejas.

Pronto se puso en pie un poderoso ejército que se lanzó sobre las pequeñas guarniciones mexicanas. El coronel Martín Cos, comandante militar de la provincia, capituló al verse rodeado por los rebeldes que acaudillaba Juan Austin. El fuerte de Velasco fue tomado también por capitulación. Dueños de todo el territorio, los tejanos republicanos proclamaron la República independiente de Tejas, adoptaron una bandera con una estrella solitaria y nombraron presidente a Sam Houston y vicepresidente a Lorenzo de Zavala.

Escaneado con CamScanner

SANTA ANNA EN MARCHA

El general Santa Anna, que se hallaba en Manga de Clavo, al tener noticia de los sucesos de Tejas abandonó su retiro y el 17 de noviembre (1835) llegó a la ciudad de México con la resolución de dirigir la campaña en el norte. En la tesorería no había dinero, pero se sacó mediante préstamos el necesario para los primeros gastos de la guerra.

Las tropas expedicionarias salieron de México el 26 de noviembre, seguidas de una multitud de mujeres y niños. Se esperaba que, sofocado el pronunciamiento de los colonos, todas aquellas personas se quedarían a poblar las praderas de Tejas. Dos días después Santa Anna era despedido oficialmente y salía de la capital vestido con su célebre levita verde, pues le disgustaba el atuendo militar.

En San Luis Potosí, Santa Anna organizó su ejército, formado por seis mil hombres, y el 2 de enero (1836) emprendió la marcha hacia el norte, seguido de sus tropas. En carretas tiradas por bueyes llevaban la impedimenta. Cerca de 2,500 mujeres y niños eran parte de la caravana.

Lenta fue la marcha del ejército de San Luis a Saltillo, por los pesados medios de transporte y el número de mujeres y de niños. Santa Anna revistó sus tropas en Saltillo (25 de enero) y al día siguiente continuó la marcha hacia Tejas, por el camino *de arriba*. Seguían al ejército 800 mulas de carga, 200 carretas de bueyes y 4 carros. No llevaban "ni un mal botiquín, ni una vara de lienzo siquiera para vendaje de heridos", ni médicos.

Cruzar el Bravo fue empresa difícil. Las carretas, los bueyes y parte de las municiones, quedaron de este lado del río. Una terrible nevada desanimó a los soldados. El peligro de las deserciones era inminente y Santa Anna lo conjuró lo mejor que pudo.

El general en jefe se adelantó al grueso de sus tropas y cruzó el Nueces. Viendo ya próxima la meta expidió una proclama el 17 de febrero, en la que decía:

"Compañeros de armas: nuestros más sagrados deberes nos han traído a estos llanos, obligándonos a emprender esta marcha para combatir a esta chusma de aventureros ingratos, a quienes nuestras incautas autoridades prodigaron unos favores con que no se distinguieron a los mismos mexicanos. Se han apropiado de nuestro territorio y levantado el pendón de la rebelión a fin de separar de nuestra república este fértil y vasto departamento, persuadiéndose de que nuestras disensiones intestinas nos imposibilitan atender la defensa de nuestro territorio. ¡Miserables! Pronto verán su locura".

EL ALAMO

El 26 de febrero entra el ejército mexicano en San Antonio de Béjar. Los tejanos deciden encerrarse en el Alamo y esperar ahí el ataque.

Escaneado con CamScanner

El Alamo era una vieja misión franciscana, de forma rectangular, con muros exteriores de unos dos metros de alto, hechos de piedra y lodo, protegiendo el convento y la iglesia, que se hallan bajo la sombra de álamos gigantes, de los que el sitio recibe su nombre. No era propiamente una fortaleza, pero sí una buena posición, en la que 183 hombres, al mando del coronel William Barret Travis, "un hombre alto, hermoso, de complexión robusta", esperan el ataque de Santa Anna.

La noche del 5 al 6 de marzo se prepara el asalto general. No hay suficientes cañones para abrir brechas en los muros, pero el general en jefe decide atacar antes de que Sam Houston se presente, según se temía.

A las 4 de la mañana del domingo 6 de marzo (1836) se inicia el asalto. Los patriotas, con el fusil a la espalda, tienden escalas sobre los muros de la misión y tratan de subir por ellas, bajo una rociada de balas. Son rechazados una y otra vez. El coronel Duque es herido gravemente y toma su puesto el general Castrillón. El coronel Juan Morales se apodera de un cañón montado en uno de los ángulos y aprovechándose de la confusión de los defensores, introduce a la fortaleza un buen número de soldados. Vuelve los cañones hacia el interior y empieza a disparar. Los tejanos se retiran al convento y a la iglesia, protegiéndose con barricadas de sacos de arena. Los patriotas, con bayoneta calada, avanzan furiosos sobre los sublevados, quienes se defienden desesperadamente y luchan cuerpo a cuerpo. Los mexicanos, implacables, hacen una carnicería brutal. Un tejano tras otro van cayendo todos, heridos por las bayonetas del sañudo soldado mexicano que vengaba en aquellos aventureros el agravio hecho a una nación de la que no habían recibido sino grandes bienes.

Hora y media duró el asalto. Los 183 hombres quedaron muertos dentro de los muros del Alamo. Ahí estaban, tendidos en el suelo, el coronel Travis, quien al ser agredido por un soldado, le dijo: "No me mates... tengo mucho dinero", y le ofreció un fajo de billetes; Crockett, el forajido profesional; Bowie, el inventor del cuchillo largo que sabía manejar con destreza, Dickinson y otros notorios cabecillas de la insurrección.

No hubo piedad para ninguno de ellos: *las Termópilas tuvieron un mensajero de la derrota; el Alamo no tuvo ninguno.*

Los mexicanos sufrieron 400 bajas.

Matar prisioneros y rematar heridos no tiene justificación; pero sí explicación en el caso del Alamo, donde al soldado mexicano lo cegó el furor del combate contra insolentes aventureros alzados para despojar a su patria de una parte de su territorio. No fue la matanza del Alamo una matanza a sangre fría. Todo ocurrió en una hora y minutos, bajo el estruendo de los cañones, sin que las tropas mexicanas, que habían recorrido más de mil kilómetros para someter a los agresores, tuviesen un instante para reflexionar. Herían y mataban poseídos por la

Escaneado con CamScanner

saña cegadora del que se ve injustamente agredido en su derecho, por un enemigo que tampoco tiene piedad.

"EL VILLANO"

Quince días después de la acción del Alamo, en un punto denominado el Encinal Perdido, fuerzas mexicanas al mando del general Urrea sostuvieron un encuentro con tropas tejanas dirigidas por James Fanning, encuentro que terminó con la rendición del enemigo. Quedaron más de 300 prisioneros en poder de Urrea, por cuyas vidas abogó; pero Santa Anna le recuerda que debe cumplir las órdenes del "supremo gobierno". En una comunicación girada a Urrea, el general en jefe le dice: "A nadie cedo, amigo mío, en compasivo, pues no sé aborrecer a hombre alguno, y aun mis agravios personales jamás he pensado vengarlos; pero ¿quién me da facultades para sobreponerme a lo que el gobierno de la nación ha mandado, indultando a unos delincuentes de la magnitud de estos extranjeros? Bien distinguirá V. que ésta no es una guerra de hermanos, como las que desgraciadamente hemos tenido entre nosotros. Tampoco lo es de nación a nación en la que, según el derecho de gentes y de guerra, debe haber cuartel, respetándose los prisioneros hasta que sean canjeados por otros. Estos extranjeros, a fuer de bandidos, se han lanzado sobre el territorio de la República para robarse una parte de él, atropellando por todo; y por eso la justificación del supremo gobierno que los ha declarado con justicia piratas, y mandado tratar y castigar como tales".

Así pues, no hubo clemencia. Todos los prisioneros fueron ejecutados el día 27 de marzo. Urrea escribió: "Soy muy desgraciado, puesto que a sangre fría se ha representado aquí un cuadro que me ha horrorizado. En fin, el deber militar y la patria están de por medio... repito con todo mi conformidad, con todo, menos con servir de verdugo, y de que se me mande a matar más gente".

Lo del Alamo tuvo explicación; lo de Presidio (sitio de las ejecuciones) no tiene ninguna. Matar prisioneros es un crimen. Santa Anna creía que imponiendo el terror pronto terminaría la insurrección, sin pensar en que, exterminados los aventureros, habría tenido que hacer frente a las tropas de los Estados Unidos.

Se dice que Santa Anna pasaba entonces por un período de terrible excitación nerviosa, lo cual explica su crueldad, pero no la disculpa.

"REMEMBER THE ALAMO"

Los actos de Santa Anna difundieron el pánico en el territorio de Tejas. Los colonos huían despavoridos al saber de la proximidad de las tropas mexicanas. En Nuevo Washington, los convencionistas temblaron cuando se les enteró de lo sucedido en el Alamo. El consejo de ministros de la nueva *república* acordó tras-

Escaneado con CamScanner

Santa Anna

ladar a Harrisburgo la residencia del gobierno, a donde todos salieron más que de prisa. Lorenzo de Zavala montó en una mula y se alejó lo más pronto que pudo.

Santa Anna decide avanzar hasta el último rincón de Tejas. Y avanza sin poner en combinación sus divisiones para prestarse mutuo auxilio, sin un plan de campaña serenamente meditado. Sufre crisis nerviosas. Los testigos de la marcha lo describen como un poseído que gesticula, maldice, golpea a sus soldados. Las órdenes y las contraórdenes se suceden. El ánimo del general en jefe oscila entre la incertidumbre y la confianza excesiva, entre el abatimiento y la exaltación. Prevé un desastre, posiblemente, pero sigue su marcha empujado por el frenético deseo de aplastar la rebelión, y de regresar a México cubierto de gloria.

Avisado de que el gobierno de Tejas se halla en Harrisburgo emprende una

Escaneado con CamScanner

rápida marcha con el objeto de sorprenderlo y extinguir de una vez la revuelta. El día 13 de abril cruza el río Brazos una fuerza de 800 hombres. La sigue Santa Anna, con su estado mayor. Pasa el río en una canoa y se dirige a Harrisburgo, a la cabeza de sus fuerzas. Atraviesan pantanos y arroyos. A las once de la noche del 15, y sin más compañía que quince dragones, penetra Santa Anna sigilosamente en el pueblo, donde no halla más que dos tipógrafos que preparan una edición de *Texas Register and Telegraph,* los que le informan que el gobierno se había mudado a Galveston en la mañana de ese mismo día. El golpe maestro que el general pretendía aplicar capturando a los directores de la rebelión, se había frustrado.

El 17 por la tarde, Santa Anna dejó Harrisburgo, envuelto en llamas, y se dirigió a Nuevo Washington. En el camino recibió un oficio del coronel Almonte en el que le informaba del sitio en que se hallaban las tropas de los sublevados, al mando de Sam Houston, al que apodaban *El Cuervo.* En vista del parte, Santa Anna envía al general Filisola la orden de que movilice en su auxilio "quinientos hombres escogidos", lo que demuestra que subestima al enemigo, pues si hubiese considerado su poder real, en vez de pedir quinientos hombres habría ordenado la movilización de todas las tropas.

Se continuó la marcha a las 7 de la noche, que fue oscura y lluviosa. Un fuerte aguacero se desató a las 10. El camino quedó hecho un lodazal. Los soldados, hambrientos, con las ropas empapadas y enmedio de la más densa oscuridad, perdieron la ruta. Era imposible seguir en aquellas circunstancias, por lo que Santa Anna manda que se haga alto y que cada individuo, sobre su puesto, sufra el agua y pase así el resto de la noche. Imaginemos por un momento a las tropas mexicanas en las llanuras pantanosas de Tejas, bajo la tormenta, sin haber comido, aquella noche tenebrosa del 17 de abril de 1836, y tendremos que reconocer la abnegación de aquel grupo de patriotas que después de haber medido sus armas con los aventureros tejanos a los que venció, soporta en silencio todos los sufrimientos por salvar a su país de la desintegración.

Al amanecer el 18 se forma la división y se pone en marcha de nuevo. Al mediodía llega a Nuevo Washington, donde, por fortuna, hay ropa, jabón, harina, tabaco. Santa Anna manda al coronel Pedro Delgado que monte en uno de sus caballos y vaya con algunos dragones a traer reses para la tropa. Delgado vuelve con más de cien cabezas de ganado. Los soldados comen y descansan.

El momento de encontrarse con el enemigo se acerca. El día 20, por la mañana, y cuando la división estaba formándose para seguir la marcha, el capitán Barragán llega corriendo a todo el galope de su caballo y avisa que las fuerzas de Sam Houston se mueven sobre las riberas del río San Jacinto. Santa Anna, presa de viva excitación, monta a caballo, y abriéndose paso entre sus soldados, excita al combate gritando: "¡Ahí está el enemigo! ¡Ahí está el enemigo!" Esto produce una gran confusión, pues la tropa cree que Houston y sus hombres están

Escaneado con CamScanner

a la vista. Hechos como éste demuestran que Santa Anna no era el jefe mas idóneo para conducir a la victoria una campaña que requería, además de valor, que no le faltaba, serenidad, juicio y perfecto dominio de todas las circunstancias.

Las fuerzas de Sam Houston, en efecto, mientras las tropas mexicanas soportaban una tormenta, se habían movilizado cautelosamente hacia un pequeño bosque de robles, a la orilla del río San Jacinto, donde acamparon. Ese sitio, elegido por Houston, era la trampa en que Santa Anna sería atrapado.

Organizada la división mexicana, sale de Nuevo Washington y se dirige al encuentro del enemigo. Para evitar que las mochilas entorpezcan el movimiento del soldado, manda Santa Anna que las dejen a mitad del camino, y así continúan la marcha, a través de un terreno montuoso, en el que es difícil operar.

A las 2 de la tarde, los mexicanos descubren las avanzadas del enemigo. Las guerrillas rompen inmediatamente el fuego sobre el contrario, tratando de atraerlo a una loma, donde Santa Anna había emplazado su único cañón y tendido sus líneas de batalla. El enemigo contesta con una andanada de sus *twin sisters*, un par de cañones gemelos que los americanos habían proporcionado. Pero *El Cuervo* no acepta el reto de Santa Anna de salir a pelear a la loma, y sigue emboscado. El general mexicano, en vista de que el enemigo oculta el grueso de sus fuerzas en el bosque, desiste de atacar y dispone que únicamente se tirotee a los contrarios. Una vez reconocido el terreno, sitúa toda su fuerza a la orilla de la laguna de San Jacinto. Manda que se descarguen todas las municiones que se llevaban en veinte mulas, con las que el capitán Barragán vuelve a recoger las mochilas tiradas en el camino.

Con la certidumbre de tener copado al enemigo y la esperanza de recibir al día siguiente los soldados pedidos a Filisola, las tropas mexicanas pernoctan en aquel sitio, expuesto sin mayor defensa a los ataques del contrario.

Houston ordenó que durante la noche se vigilaran los movimientos de los mexicanos, que estaban a kilómetro y medio de distancia. Cierto de que no sería atacado, se retiró a dormir. Al amanecer el día 21 se puso de pie y exclamó: "¡El sol de Austerlitz brilla nuevamente!"

Santa Anna, después de examinar los parapetos formados durante la noche con aparejos de mulas, cajas de galletas, mochilas y otros objetos, mandó exploradores hacia el rumbo de Nuevo Washington, los que regresaron pronto a avisarle que llegaban los refuerzos pedidos a Filisola. Venían éstos a las órdenes del general Cos, rendidos por la fatiga y el hambre. Habían hecho dos jornadas penosísimas, bajo la lluvia, por caminos lodosos. Santa Anna se dio cuenta de su falta de condiciones para combatir y mandó que se situasen en un lugar fresco, donde los patriotas cayeron vencidos por el cansancio.

Desde su campamento, Houston vio llegar los refuerzos de Santa Anna, sin alarmarse. Sabía que un ejército agobiado por una larga marcha no está en aptitud de pelear.

Escaneado con CamScanner

El plan del *Cuervo* Houston, que al ardor bélico de Santa Anna oponía el cálculo frío y la astucia, no era otro que el de aguardar pacientemente la oportunidad de caer sobre aquel ejército agotado que su general había situado en el lugar menos a propósito para una acción victoriosa. Los oficiales de Houston estaban impacientes por salir en contra de los mexicanos; pero el general, sin revelarles su plan, contenía su ímpetu.

Por fin, a las 3 de la tarde (21 de abril de 1836), Houston advirtió que era llegado el momento. Santa Anna —que siempre despreció a su enemigo— después de comer se acostó a dormir la siesta. Su estado mayor hizo lo mismo. La tropa que nada tenía que hacer, imitó al general en jefe, tendiéndose bajo los árboles. Unos terminaban de comer el rancho, otros vagaban buscando ramas para hacer sus barracas, y los soldados de caballería llevaban desensillados sus caballos a beber agua.

Mientras los soldados mexicanos estaban entregados al descanso, Houston tendió sus líneas de batalla al abrigo del bosque. Sus fuerzas se componían de 800 hombres, al mando de los coroneles Burleson, Sherman y Bonaparte. Formados para el ataque, a las 4 en punto de la tarde Houston levantó su espada: era la señal de avance. Sigilosamente, los tejanos se adelantan entre la maleza y llegan sin ser vistos a unos pasos de los puestos de vigilancia de los mexicanos. Houston hace una señal con su sombrero, dispara las *gemelas,* y al grito de *Remember the Alamo* los extranjeros caen sobre las descuidadas tropas mexicanas y hacen una carnicería espantosa. El general Castrillón cae muerto. Almonte da órdenes enmedio de una gritería ensordecedora. Santa Anna marcha aturdido de un sitio a otro, restregándose las manos, sin que acertase a dictar ninguna disposición. Después de luchar valerosamente, caen muertos los coroneles Treviño y Batres. El pánico cunde. Los atacantes clavan sus bayonetas en las espaldas de los que huyen despavoridos. Los atacados tratan de ganar el río San Jacinto, pero caen en los pantanos y mueren acribillados. Almonte, con un pequeño número de hombres, resiste, pero es capturado. La acción ha durado 18 minutos. Las bajas de los tejanos son 3 muertos y 18 heridos. Las de los mexicanos, 400 muertos, 200 heridos, 730 prisioneros.

Tal fue la batalla de San Jacinto, el 21 de abril de 1836, que resultó decisiva porque México nunca intentó el desquite.

EN LAS MANOS DEL ENEMIGO

Santa Anna logra escapar enmedio de la confusión, en un caballo que le dio el capitán Bringas y toma la dirección del río Brazos, donde se halla el general Vicente Filisola. Muere el caballo y sigue su fuga a pie, llegando a una finca de campo abandonada, donde se disfraza con un pantalón de dril, una chaqueta azul, cachucha y zapatos bajos, de tafilete encarnado. Descubierto por una partida

Escaneado con CamScanner

de tejanos que Houston había destacado en persecución de los fugitivos, es llevado el día 22 ante el general vencedor, sin que hasta entonces lo hubiesen reconocido, pero al pasar cerca de los demás oficiales prisioneros, éstos le hacen el saludo militar y así lo denuncian. Cuando los rebeldes saben que es el mismísimo Santa Anna el que tienen en su poder, gritan de entusiasmo.

El jefe prisionero es llevado ante *El Cuervo,* el que se halla tendido en el suelo, sobre una colchoneta y a la sombra de un árbol. Santa Anna dice su nombre y agrega: "Me pongo a las órdenes del valiente general Houston". *El Cuervo* exclama:

—¡Oh, sí, el general Santa Anna! ¡Mucho gusto de verle! Siéntese, general, siéntese.

Cuentan que el general mexicano se hallaba muy agitado, pidió opio, se le dió, y después de consumir una buena dosis, se calmó un poco. Un hijo de Lorenzo de Zavala sirvió de intérprete.

Toda la arrogancia se quebró ante Houston. Un general pundonoroso acepta la muerte antes de comprometer su honor y el de sus soldados. Santa Anna, queriendo salvar a toda costa el pellejo, accedió a la exigencia del jefe vencedor de que ordenara a Filisola que retirase el ejército del territorio de Tejas.

Los aventureros, una vez preso Santa Anna, instaron a Houston que se lo entregara para vengar las matanzas del Alamo y el Presidio. Querían ejecutarlo en el mismo lugar donde cayeron Fanning y sus soldados. Pero *El Cuervo* se negó a entregarlo. Alguien ha escrito que Santa Anna se salvó porque "dió la señal masónica a John Wharton, que había fundado las primeras logias en Tejas".

Houston y sus hombres continuaron en la ribera del San Jacinto hasta el 5 de marzo, en que el gabinete tejano acordó trasladar a Santa Anna y los principales prisioneros al puerto de Gálveston, pero como este lugar no ofrece la seguridad conveniente, llevan a los prisioneros al puerto de Velasco. Santa Anna aparenta durante el viaje cierta desilusión acerca de su propia infalibilidad, pero atribuye el revés de la fortuna a un ciego destino. Cuando recibe esperanzas de que se respetará su vida, su conversación se torna animada y frívola, increíble en quien había sufrido tan triste derrota.

LA ENTREGA

A cambio de la vida, todo. Esta parece haber sido la decisión de Santa Anna. El 14 de mayo firma en Velasco dos tratados, uno público y otro secreto, en los que se obliga a no tomar las armas contra el pueblo de Tejas, a evacuar el territorio de la nueva república, a preparar las cosas en el gabinete de México para que sea reconocida la independencia de Tejas, a devolver prisioneros, etc. Todo esto, bajo la promesa, también pactada, de dejar en libertad a Santa Anna y embarcarlo para Veracruz.

Escaneado con CamScanner

En cumplimiento de los convenios, Santa Anna es puesto en la goleta *Invencible* que lo llevará a Veracruz, pero antes de partir la plebe se da cuenta de que se va *El Villano* y arma un alboroto. Tomás Green, jefe de una cuadrilla de aventureros, aborda la *Invencible* y trata de secuestrar al general prisionero. En vista de ello, el presidente Burnett manda que Santa Anna sea bajado del barco y enviado, con los demás prisioneros, a Columbia, donde se les encierra y son objeto de toda clase de vejaciones. Más de una vez se atenta contra la vida de Santa Anna, que demuestra cobardía. Pero Santa Anna es más útil vivo que muerto. Houston dice al respecto en una carta escrita a Burnett: "Santa Anna viviendo... debe ser de incalculables ventajas para Tejas en su crisis actual". En otra ocasión, hablando en favor de la conveniencia de libertar al prisionero, dijo: "Si lo regresamos a su país... *mantendrá a México en conmoción por algunos años, y Tejas estará a salvo*".

Delatado un intento de fuga, Santa Anna y Almonte son encadenados. Durante 52 días arrastran ambos una cadena con una pesada bola de hierro en uno de sus extremos.

Deshecho por el cautiverio, y sin más voluntad que la de salvarse, Santa Anna escribe al presidente Andrew Jackson una indigna carta en la que le ruega que se interponga para que los convenios firmados en Velasco sean exactamente cumplidos, y obtiene que le envíen a Washington para hablar personalmente con Jackson. El 25 de noviembre, después de siete meses de prisión, sale para la capital de los Estados Unidos.

En los lugares por donde pasa, el general mexicano es objeto de una gran curiosidad pública. La gente se aglomera para conocerlo. Los periodistas lo entrevistan. Un corresponsal lo describe así:

"Imaginad un hombre de estatura ordinaria, cuarenta años de edad, con 160 libras de peso, de caminar y aspecto gracioso, redondo de hombros, de lustroso pelo negro, tez blanca y frente ancha, nariz cuadrada y pequeña, ojos redondos y oscuros... pasaría bien por un inteligente y activo comerciante... Lo he observado sin encontrar nada de villano ni desagradable en su apariencia..."

En los Estados del norte, donde la gente juzgaba que la guerra de Tejas había sido hecha con el único propósito de tener *bigger pens to cram slaves in* (zahurdas más grandes para cebar esclavos), Santa Anna recibe un trato muy cortés.

El repuesto general mexicano llega a Washington el 18 de enero de 1837 y es recibido por Jackson en audiencia privada. Ofrece mucho, con el ánimo de no cumplir nada. Lo importante, por ahora, es volver a su país, sano y salvo.

El gobierno de los Estados Unidos pone a disposición de Santa Anna la corbeta de guerra *Pioneer*, y a bordo de ella regresa a Veracruz, a donde llega el 20 de febrero. El puerto lo recibe con músicas y cohetes. El general Antonio Castro, comandante de la plaza, le da la bienvenida a nombre del gobierno nacional. Santa Ana le dice:

Escaneado con CamScanner

"Sé que en mi ausencia el congreso ha dictado una nueva constitución que deseo jurar, para disipar dudas acerca de mis propósitos. Quiero retirarme a la vida privada".

Terminados los honores, Antonio López de Santa Anna se marcha a Manga de Clavo y dice: "El término de mi carrera política ha llegado. Aspiro a vivir tranquilo en mi retiro".

LA GUERRA DE LOS PASTELES

Doña Inés García ha erigido en Manga de Clavo el quieto recinto donde el general puede ir recuperando el brío perdido durante los largos meses de cautiverio bajo el poder de los tejanos. Rodeado de su esposa, sus cuatro hijos pequeños, sus fieles criados, el general se ocupa en los negocios de su rica hacienda y parece olvidado de las revoluciones y de la guerra.

Así transcurren varios meses, hasta que un día —el 27 de noviembre de 1838— el destino ofrece al hombre la oportunidad de calzar nuevamente las botas de campaña y empuñar la espada en defensa de una causa justa.

Ese día, la escuadra francesa que bloquea el puerto de Veracruz rompe el fuego contra el castillo de San Juan de Ulúa, en apoyo de las reclamaciones de súbditos franceses por daños sufridos en sus propiedades, reclamaciones entre las cuales figura una de sesenta mil pesos de un pastelero que estimó en esa suma el valor de los pasteles que unos oficiales se comieron, después de encerrarlo en un cuarto del restaurant que tenía establecido en Tacubaya; de ahí que el pueblo diera a este conflicto el nombre de *guerra de los pasteles.*

Rotas las negociaciones entre el gobierno mexicano y el ministro Carlos Baudin, los cañones de la escuadra disparan contra la fortaleza de Ulúa, la que bombardean sin piedad durante varias horas, destruyendo todos los baluartes y poniendo fuera de combate a más de 200 artilleros mexicanos.

Don Antonio se presenta al comandante de la plaza, general Rincón, y le ofrece sus servicios. Rincón envía a Santa Anna a la fortaleza para que la inspeccione y le informe sobre el estado de la defensa. Santa Anna desembarca en Ulúa a las 9 de la noche, recorre las obras, oye a los jefes y llega a la conclusión de que es imposible prolongar con buen éxito la defensa. Vuelve Santa Anna a Veracruz, informa a Rincón, y éste, en vista de los informes, autoriza al brigadier Antonio Gaona, jefe de la guarnición del castillo, para que en junta de guerra resuelva lo que sea conveniente. La junta acuerda capitular, y en la madrugada del 28, a bordo de la fragata *Nereida,* se firma la capitulación. A las 2 de la tarde los franceses toman posesión del castillo e izan su bandera. Santa Anna se marcha a Manga de Clavo.

El gobierno de Bustamante desaprueba la capitulación, llama a los generales Rincón y Gaona y nombra a Santa Anna comandante general de Veracruz. Santa

Escaneado con CamScanner

Anna se hace luego cargo del mando y comunica al vice-almirante francés la desaprobación de los tratados y que la guerra está declarada. Se propone en seguida defender la ciudad contra un ataque de los franceses. Pasa la noche del 4 de diciembre en su casa de la calle de las Damas discutiendo con el general Arista el plan de defensa.

Baudin dispone que una columna de mil hombres desembarque en Veracruz, desmantele los baluartes y se apodere de Santa Anna.

A las 5 de la mañana del 5 de diciembre, bajo una espesa niebla, desembarcan los franceses, aplican un petardo a la puerta de un rastrillo, la derriban y penetran por ella. A la explosión del petardo, Santa Anna, que dormía tranquilamente, despierta sobresaltado. Los marinos franceses ya están sobre su casa, pero logra salir antes de que lleguen, en paños menores, pues no tiene tiempo ni de vestirse. Los asaltantes toman prisionero a Arista, mientras Santa Anna recorre los cuarteles y excita a los soldados al combate.

Como el objeto del desembarco había sido únicamente el de apoderarse de Santa Anna y destruir obras de defensa, conseguido en parte, los franceses se retiran, y al ver Santa Anna su movimiento, se pone a la cabeza de una fuerza de 300 hombres y los persigue hasta el muelle, donde habían dejado un cañón para proteger su retirada. En el momento en que los mexicanos se acercan, disparan el cañón, matan el caballo que monta Santa Anna y hieren a éste en la pierna y en la mano izquierdas. Los soldados retroceden a protegerse tras la muralla hasta que los marinos se embarcan.

Santa Anna es llevado a un cuartel por los soldados, y en vista de que los franceses hacen llover granadas sobre la ciudad, ordena la evacuación de la plaza hasta el punto llamado *Los Pocitos,* que se halla a una legua.

EL MITOMANO

Fantástico es el parte que rinde Santa Anna al gobierno de esta acción de guerra. Describe, rodeándolo de misterio, el desembarco de los franceses y magnifica el denuedo con que fueron recibidos por las tropas de la plaza. "Los perseguimos tenazmente en su retirada, batiéndolos a la bayoneta hasta hacerles reembarcar", dice. Luego, como si realmente se encontrase a las puertas de la muerte, dicta este patético adiós:

"Al concluir mi existencia, no puedo dejar de manifestar la satisfacción que me acompaña de haber visto principio de reconciliación entre los mexicanos. Di mi último abrazo al general Arista, con quien estaba desavenido por desgracia, y desde aquí lo dirijo ahora a S. E. el señor presidente, como muestra de mi reconocimiento por haberme honrado en el momento del peligro... Pido también al gobierno de mi patria que en estos mismos médanos sea sepultado mi cuerpo, para que sepan todos mis compañeros de armas que esta es la línea de batalla que les

Escaneado con CamScanner

dejo marcada... Los mexicanos todos no me nieguen el único título que quiero donar a mis hijos: el de buen mexicano".

El pueblo llora al leer este conmovedor documento. Cree que de veras Santa Anna está moribundo, que cayó gloriosamente cuando echaba a los franceses al agua. Se inflama el sentimiento patriótico. Antonio López de Santa Anna ha conseguido plenamente su objeto: que se olviden sus errores pasados, que nadie se acuerde de San Jacinto ni de los tratados que firmó en Velasco. Un chorro de sangre derramado en los muelles de Veracruz lava todas sus culpas. Está rehabilitado. Es el héroe, otra vez.

Santa Anna, mitómano de la gloria, impone su propio mito a todo un pueblo. Reconocida por los médicos la herida, le amputan la pierna, que el cura de Veracruz manda enterrar en Manga de Clavo, de donde más tarde será exhumada.

AL PODER

"El período entre la guerra francesa y la guerra norte-americana es uno de los más espantables de nuestra trágica historia", dice don Justo Sierra, como que es el período en que el bando desintegrador pone en movimiento todos sus recursos para evitar que la nación mutilada goce un día de paz, se restablezca y esté en aptitud de rechazar las nuevas agresiones que se preparan.

El general Bustamante había sido electo presidente por segunda vez en abril de 1837. Forma su gobierno con hombres patriotas y cuerdos que tratan de encauzar al país hacia la paz y el orden, bajo el régimen centralista. No lo consiguen. El mismo día en que se inaugura el período presidencial comienzan los pronunciamientos. En San Luis se levanta Ugarte por la federación, estalla una revuelta en la lejana provincia de Nuevo México, se alza en armas Sonora, arde Michoacán, Yucatán está separado. El cubano José Antonio Mejía, que había sido agente e intérprete de Poinsett, entra a México por Tampico con armas americanas para auxiliar a los rebeldes. La tarea de pacificar el país resulta imposible. Los pronunciamientos aquí y allá son el resultado de una conspiración que dirigen desde Nueva Orleans y Filadelfia las sociedades secretas, cuya figura visible es Valentín Gómez Farías, quien no sólo tiene que ver con las sublevaciones en las que se derrama constantemente la sangre de los mexicanos, sino que favorece el ataque a su patria por los franceses, según lo tiene probado el historiador Mariano Cuevas y mientras con su beneplácito los franceses matan soldados mexicanos, Farías da órdenes para que se active la revolución. Es tan descarada y criminal la intervención de Farías en favor de los extranjeros que uno de sus secuaces, Juan Alvarez, le reprocha su falta de patriotismo.

Gómez Farías regresa a México en febrero de 1838 para alentar de cerca a los revolucionarios, y merced a su actividad la república se convierte en un *lodazal*

Escaneado con CamScanner

sangriento donde un pueblo magullado y pisoteado busca inútilmente un poco de reposo y de orden.

La revolución toma tan grandes proporciones que el presidente Anastasio Bustamante decide ir en persona a batir a los pronunciados a Tampico, dejando en la presidencia a Santa Anna, el que hace su entrada triunfal a México el 17 de febrero de 1839.

Los generales Urrea y Mejía, que encabezaban la rebelión en Tampico, no esperan a Bustamante, sino que se dirigen por mar a Veracruz y de aquí a Puebla, para amagar la ciudad de México.

El presidente interino, sin pedir permiso al congreso, organiza una división y sale a batir a los rebeldes, el 30 de abril. En la acción de Acajete las fuerzas sediciosas son destrozadas y cae prisionero el general Mejía. Como antes de la batalla el ministro de la guerra había ordenado que los jefes prisioneros fueran ejecutados, Mejía, el inquieto general cubano, valiente, conspirador profesional, yorquino y cabecilla de la revuelta, fue condenado a muerte. Al notificarle la sentencia, preguntó:

—¿Cuándo debo ser fusilado?

—Dentro de tres horas —le contestó el coronel Montoya, encargado de notificarle la sentencia.

—Si Santa Anna hubiera caído en mi poder —replicó el reo con la mayor tranquilidad— le habría concedido yo tres minutos.

Dicho esto, pidió un sacerdote para disponerse a morir, le hizo varios encargos al general Inclán y a las nueve de la noche (3 de mayo) se dirigió con paso firme al paredón, rehusó que le vendasen los ojos, repartió ocho pesos de plata entre los soldados ejecutores y se arrodilló sobre un pañuelo de seda. Pocos instantes después caía sin vida.

El otro cabecilla rebelde, general Urrea, logró huir a uña de caballo.

Santa Anna regresó triunfador a la capital, que lo recibió con grandes honores.

Al triunfo de Acajete se unió la toma de Tampico por el general Arista, ante quien capitularon los defensores del puerto, y con estas victorias la revolución decayó un poco. Medio apaciguado el país, y quejándose de que su salud era mala —la amputación de la pierna había estado mal hecha y con frecuencia se veía atacado de terribles dolores—, Santa Anna entregó la presidencia a don Nicolás Bravo, quien se encargó de ella por unos días, hasta que el 19 de julio, vuelto de su expedición a Tampico, don Anastasio Bustamante ocupó de nuevo el cargo.

SEMBLANTE DE FILOSOFO

Por esta época visita la hacienda de Manga de Clavo madame Calderón de la Barca, esposa del embajador español recién acreditado en México. En su inte-

Escaneado con CamScanner

resante libro *Vida en México*, la señora Calderón describe así el cuadro familiar de Santa Anna en su hacienda:

"La casa es bonita, ligera y guardada en agradable orden. Fuimos recibidos por un ayudante de campo en uniforme y por varios oficiales, y conducidos a una grande, fresca y grata estancia, con pequeños muebles, a la que poco después entró la señora de Santa Anna, alta, delgada, y en aquellas primeras horas de la mañana, vestida para recibirnos con un traje de muselina clara, zapatos blancos de satín y espléndidos aretes, pulsera y anillos de diamantes. Fue muy cortés y nos presentó a su hija, una miniatura de su mamá, en rasgos y costumbres.

"Poco después entró el general Santa Anna, un hombre caballeroso, bien parecido, modestamente vestido, de apariencia melancólica, con una sola pierna, que le da aspecto de inválido; para nosotros, la persona más interesante del grupo. Tiene complexión pálida, hermosos ojos oscuros, suaves y penetrantes, y su cara una interesante expresión. No sabiendo nada acerca de su pasado, uno diría que es un filósofo que vive en digno retiro, cansado del mundo y descubierto que todo es vanidad, que ha sufrido ingratitudes y que, si alguna vez se le convence para que salga de su retiro, sólo lo haría, como Cincinato, para bien de su patria. Es curioso cómo frecuentemente esta expresión de filosófica resignación, de plácida tristeza, tiene que ser referida al hombre más profundamente ambicioso e intrigante" [5].

SIGUE LA ZARABANDA

La tranquilidad duró poco. Aun desaparecidos los jefes notorios de la revuelta, continuaron brotando sublevaciones en todas partes porque en todas partes se habían sembrado las semillas de la sedición. Como bombas de tiempo van estallando los pronunciamientos en varios lugares del país. Hay un alzamiento en Celaya, otro en Tampico. Yucatán y Campeche declaran su independencia de México. En julio de 1840 el general Urrea, fugitivo de su prisión, se pronuncia en la capital. Al frente de 200 hombres, que se descalzan para no hacer ruido, llega a palacio nacional en la madrugada, sorprende a la guardia, que duerme profundamente, y penetra hasta la alcoba del presidente. Bustamante brinca de la cama y empuña su espada.

—No tema Ud., mi general; yo soy Urrea —dice éste.

—Es Ud. un gran bellaco —contesta el presidente—; si tiene hombría, bátase conmigo.

El oficial Felipe Briones manda hacer fuego sobre el presidente; pero otro, de apellido Marrón, contiene a la tropa, diciendo:

---

[5] Mme. Calderón de la Barca, *Life in Mexico*, p. 23, Ed. Tolteca, Méx., 1952.

Escaneado con CamScanner

—No disparen, que es el segundo del señor Iturbide.

Y la tropa, que todavía reverenciaba la memoria de Iturbide, no dispara.

Bustamante queda arrestado en palacio, y viéndose preso, se vale del jardinero Lázari, un anciano de cien años, para que comunique a los ministros su arresto.

Entonces las ratas salen de sus agujeros, es decir, Gómez Farías se pone a la cabeza de los pronunciados. Durante doce días luchan gobiernistas y rebeldes en la ciudad de México. Son doce días de sangre y destrucción. La señora Calderón de la Barca relata pormenorizadamente en su libro los sufrimientos de los vecinos de la ciudad de México en estos días trágicos, y comenta: "La tranquilidad del pueblo soberano durante todo este período es asombrosa. ¿En qué otra ciudad del mundo no tomaría parte la gente de uno u otro lado? Las tiendas están cerradas, los trabajadores no pueden ir a su trabajo, miles de enfermos subsisten Dios sabe cómo, y sin embargo no hay tumultos, ni confusión y aparentemente ni siquiera impaciencia. Grupos de gentes se reúnen en las calles, o platican detrás de las puertas, y especulan acerca de las posibilidades, pero esperan la decisión de sus jefes militares, como si esto fuera un juicio del Cielo, al que es tan inútil como impío apelar" [6].

Los jefes de la revuelta esperaban contar con la adhesión de Santa Anna, pero éste se inclina por el gobierno, y como nadie secunda su plan, viéndose además en peligro de ser dominados por las tropas leales, recurren a la intervención del bondadoso Arzobispo de México, Posada y Garduño, el cual media para evitar la efusión de más sangre, y los rebeldes capitulan. El gobierno se obligó a respetar sus vidas, empleos y propiedades, cuando debió castigar con mano dura aquella cuadrilla de criminales.

Gómez Farías, culpable de tantas atrocidades, salió desterrado a Nueva Orleans, el centro de todas las conspiraciones.

LA DICTADURA

En agosto de 1841, y con el pretexto de un recargo de las tarifas de importación decretado por el gobierno para salir de la miseria, estalla otra vez *la bola*. El pronunciamiento fue triple: Paredes en Guadalajara, Valencia en México y Santa Anna en Veracruz, "en donde Bustamante que, con todos sus defectos, era un gigante de pundonor, desinterés y patriotismo al lado de sus competidores, le había dejado rehacer su antigua satrapía". En efecto, el gobierno había confiado al caudillo veracruzano la tarea de someter a los rebeldes del Sureste, y Santa Anna, en vez de cumplir su obligación, que era sagrada, pues de ella dependía la unión a México de las provincias separadas, volvió las armas contra el gobierno.

Reunidos en Tacubaya todos los jefes de la revuelta, aprobaron unas *Bases*

[6] Ib. p. 196.

Escaneado con CamScanner

decretando el cese de los poderes supremos, la formación de una junta que nombraría presidente provisional, quien gozaría de amplias facultades para organizar la administración pública.

Para atraerse la voluntad de las provincias y con la fuerza de éstas aplastar la revolución, Almonte, ministro de la guerra, discurrió un plan que le pareció admirable: proclamar la federación. Bustamante aceptó la idea a la fuerza, se alborotó la multitud en México, Santa Anna se puso frenético y decidió atacar la capital. Hubo combates en las calles y, por fin, Bustamante deja caer la espada y entrega su ejército a Santa Anna, el que conforme a las Bases de Tacubaya nombra los miembros de la Junta que debe elegir presidente y la Junta elige presidente ¿a quién había de ser? ¡a Santa Anna!, el que entra de nuevo como vencedor a la ciudad de México el 7 de octubre, en un precioso coche abierto, bajo el ensordecedor repique de las campanas y los vivas de sus partidarios. Bustamante se marchó al extranjero.

No bien toma posesión el general Santa Anna de la presidencia, cuando surgen las protestas armadas en Guadalajara, Guanajuato, San Luis Potosí, Aguascalientes y Durango. Bravo se alza en el sur, Urrea en el norte. Pero Santa Anna, al que no podemos aplicar la frase que dice *tantos años de marquesa y no sabe mover el abanico,* porque es una *coyota baleada* y se las sabe todas, pues lleva veinte años de promover revueltas, se las arregla muy bien para callar las protestas. A Bravo lo aplaca con promesas, a Urrea le da el gobierno y la comandancia de Sonora. El incendio se apaga y Santa Anna se dispone a gobernar con poderes ilimitados.

El único episodio honroso para México de este turbio período fue el triunfo de las armas mexicanas sobre los invasores tejanos de Nuevo México, logrado por el valiente general Armijo el 5 de octubre, o sea en los últimos días de la administración de Bustamante. La gloria se la adjudicó Santa Anna, el que recibió muchas felicitaciones.

El período de la dictadura de Santa Anna empieza en octubre de 1842 y termina en septiembre de 1844, con intervalos en que la presidencia fue ocupada por don Nicolás Bravo y Valentín Canalizo.

Santa Anna pudo haber ejercido el irrestricto poder que tuvo en sus manos en bien de la nación, pero lo usó en provecho suyo y de su casta. Fuera de algunas cosas buenas, como la erección del tribunal mercantil, el restablecimiento de los tribunales de minería, la formación de una junta de legislación y algunas obras de ornato en la ciudad de México, Santa Anna gobernó mal. Aumentó el ejército desproporcionadamente, con el pretexto de la guerra de Tejas, gastando en su mantenimiento enormes sumas; impuso desaforadas contribuciones y en tan grande número que la lista de ellas formaba un grueso cuaderno que se vendía al precio de un peso. Por cada canal que desaguase en la calle, un real; por cada rueda de coche, un real, y así por el estilo eran los impuestos. Exigió cuantiosos préstamos

Escaneado con CamScanner

a la Iglesia y a los particulares, cuyo producto se evaporaba; vendió la hacienda de *La Compañía*, situada en Chalco, que había pertenecido a los jesuitas; cedió el fondo piadoso de las Californias al general Valencia, para asegurar su adhesión; se apoderó de los objetos de plata de la catedral de Puebla; vendió bienes destinados a la redención de los cautivos que administraban los mercedarios y, en fin, recurrió a todos los medios, lícitos e ilícitos, para hacerse de dinero, y todo el que obtenía era gastado sin provecho. El pueblo sufría la más terrible miseria; pero Santa Anna y su casta eran felices. El dictador se divierte con las riñas de gallos en San Agustín de las Cuevas, a donde concurren las damas enjoyadas y los oficiales con sus vistosos uniformes. El 13 de junio, día de su santo, hay recepciones dignas de un rey: acuden los aduladores a los besamanos y el dictador se instala en el trono que Iturbide encargó a Europa y que nunca llegó a ocupar. Mientras tanto, Yucatán se ha declarado república independiente, los Estados Unidos amenazan con apoderarse de las Californias y presentan las reclamaciones de sus ciudadanos al gobierno de México. Santa Anna no es capaz de inventar la fórmula que garantice al país contra todos estos males. Los expedientes a los que recurre son ineficaces. No es un estadista. Es sólo un jefe de montonera.

En medio de las miserias que rodean una sociedad empobrecida y vejada, se instala el congreso que habría de expedir nueva constitución. Lo forman miembros del partido yorquino, que siendo el único organizado, coherente y sujeto a una dirección hábil, gana las elecciones. El presidente pide a la asamblea legislativa que no sea federal la nueva constitución. Le contestan que ya verán.

En la discusión de la nueva ley se expresan las tendencias radicales de los congresistas. El diputado Gómez Pedraza declara en la tribuna que "el género humano data sus desgracias desde que Constantino trocó su cetro por la cruz de Cristo". Por el estilo hablan los demás, provocando abiertamente el disgusto del pueblo.

Mientras el congreso discute, Santa Anna asiste al entierro de su pierna en el cementerio de Santa Paula, que tiene lugar el 27 de septiembre (1842) con una pomposa ceremonia. El acto es puesto en ridículo por medio de libelos y pasquines en los que el pueblo se burla de la vanidad de su presidente.

A CONSPIRAR

Santa Anna —ya lo hemos visto —es un hombre que sabe cubrirse a tiempo de cualquier riesgo. Si las cosas marchan mal, se escabulle y deja que la responsabilidad caiga sobre otros. Así lo hace cuando el congreso empieza a exasperar a la gente. Se retira a Manga de Clavo y deja en la presidencia a don Nicolás Bravo. Desde su hacienda dirige la conspiración contra el congreso. Brotan rebeliones en Huejotzingo, en Puebla y en la ciudad de México. Bravo disuelve el congreso y convoca a una Junta de Notables para que presente otro proyecto de

Escaneado con CamScanner

constitución. Hecho esto, Santa Anna deja su retiro y vuelve a la presidencia en marzo de 1843. Expide las Bases Orgánicas. Continúa poniendo en práctica sistemas vejatorios para extraer dinero. Y en vista de que la situación se agrava, deja el mando otra vez, ahora en manos de don Valentín Canalizo, y se marcha a su nueva finca *El Encero,* donde vive como un sultán, rodeado de lujo y aduladores. En el mes de enero de 1844 es electo presidente constitucional de la república, cargo del que toma posesión en junio siguiente. Se erige entonces en la plaza del Volador, sobre una alta columna, una estatua de bronce que representa al caudillo, vestido de general y con el brazo derecho extendido hacia el Norte, como indicando la resolución de recobrar Tejas. El 22 de agosto muere la gentil doña Inés García, esposa del presidente, quien con licencia del congreso marcha a Manga de Clavo. Por 12 días se encarga de la presidencia don José Joaquín Herrera, quien la deja otra vez en manos de Canalizo. Y apenas "enjuga las lágrimas de sus hijos", Santa Anna se casa el 3 de septiembre con una dama aristócrata: doña Dolores Tosta.

El 2 de noviembre comienza en Guadalajara la revolución que derrocará al dictador. La encabeza el general Paredes Arrillaga, el que exige que Santa Anna dé cuenta de sus actos al congreso y que se derogue la ley que autorizó al gobierno a reunir cuatro millones mediante contribuciones extraordinarias. La nación, abrumada de impuestos, cansada del dictador, presta apoyo al movimiento de Paredes. Estalla un motín en la capital, renuncia el presidente interino, y Santa Anna, que había salido a combatir a los sublevados, huye a Veracruz, cae prisionero, es encerrado en Perote y luego desterrado.

El populacho derribó sus estatuas, desenterró su pierna y la arrastró por las calles.

El general Herrera se hizo cargo del poder.

DESTIERRO Y CONJURA

El 3 de junio de 1845, Santa Anna es embarcado en la Antigua, rumbo a Cuba, donde vive una vida placentera. Asiste a recepciones y banquetes, juega a los gallos. De vez en cuando, vuelve la mirada hacia su país. Y conspira.

El 13 de febrero de 1846, Jaime Polk, presidente de los Estados Unidos, recibe en audiencia privada al coronel Alejandro Atocha, español de nacimiento y ciudadano yanqui, el que hablando a nombre de Santa Anna, le propone la intervención de éste para arreglar el conflicto entre México y los Estados Unidos de un modo que satisfaga los intereses de los segundos.

En México han ocurrido cambios. El partido de la paz, con Herrera a la cabeza, es echado del poder. Paredes está dispuesto a pelear, como toda la nación, en contra del agresor. Además, se le atribuyen a Paredes tendencias monarquistas. En Washington hacen este razonamiento: Paredes es enemigo de los Estados Uni-

Escaneado con CamScanner

dos; Santa Anna es enemigo de Paredes; luego Santa Anna es útil a los Estados Unidos.

El presidente Polk envía a Cuba al comandante MacKenzie para que hable con Santa Anna, con quien llega a un acuerdo: se le permitirá volver a México, a través del bloqueado puerto de Veracruz, y una vez en la capital, Santa Anna firmará el tratado de paz que convenga a los Estados Unidos.

Es indudable que Santa Anna contrajo ese compromiso; tan indudable como que tenía el más decidido propósito de no cumplirlo. En otras palabras: engañó a los yanquis como a unos chinos, en un acto de típica artería jarocha.

Entre tanto, los Estados Unidos movilizan dos clases de fuerzas contra México: las armadas, con Taylor a la cabeza; y la 5ª columna, a cargo de Valentín Gómez Farías, que desalentará la resistencia y hará fácil el triunfo. Don Valentín dirigió bajo cuerda el pronunciamiento que hizo caer al gobierno de Paredes. Los revoltosos decretaron: póngase en vigor la constitución de 1824 y llámese a Santa Anna para que se encargue de la dirección del ejército y de la defensa nacional. El general Salas, jefe nominal del pronunciamiento, sirve de hombre-puente.

El *Benemérito* desembarca en Veracruz el 16 de agosto, con permiso de la escuadra que bloquea el puerto. Se refugia en *El Encero* y deja que corran unos días hasta que su presencia se haga indispensable. El 14 de septiembre entra a la capital, con Gómez Farías a su lado, encabezando una grotesca procesión y —¡qué tratados ni qué nada!— manifiesta su deseo de salir luego a campaña contra el invasor.

Santa Anna sabe levantar ejércitos. Es ésta una aptitud que no puede negársele. Y marcha a San Luis a organizar el que combatirá al invasor. Mientras el general Salas está en la presidencia, recibe dinero para adiestrar y alimentar su ejército; pero desde que Gómez Farías se hace del mando —el 24 de diciembre, como vice-presidente— no recibe un centavo. Para eso se hallaba ahí Gómez Farías; para sabotear la defensa de México.

Moviliza sus tropas el 28 de enero y se encuentra con el invasor en la Angostura, batalla que termina con la retirada de los mexicanos, según lo tenemos referido en otra parte [7]. El comportamiento de Santa Anna en Angostura, como en las demás acciones de guerra que han de seguir, en las que expuso muchas veces la vida, demuestra que no estaba vendido a los yanquis. Esta es la verdad, y hay que decirla.

LA ASONADA DE LOS POLKOS

Mientras los patriotas que se habían batido heroicamente en la Angostura regresaban a San Luis, en trágica y lenta caravana, Gómez Farías, el aliado se-

[7] *Figuras y Episodios de la Historia de México*, No. 1.

Escaneado con CamScanner

creto de los norteamericanos, provoca con sus disposiciones tiránicas, que tenían por objeto fomentar la discordia, el motín de los *polkos*, o sea de los batallones de voluntarios formados por lechuguinos y personas de la clase media, cuyo patriotismo quedaría bien acreditado en la acción de Churubusco. Se dice que el verdadero director oculto de este motín fue Gómez Pedraza, enemistado con Gómez Farías, y yorquino insigne. *Polkos* eran Guillermo Prieto, Manuel Payno, Lafragua y otros no menos connotados liberales, así que el alzamiento no tenía nada de clerical. Por lo demás era debido: había que quitar del mando supremo a un sujeto que conspiraba contra los intereses de México. Los revolucionarios reconocían en sus proclamas como general en jefe del ejército mexicano al presidente interino Antonio López de Santa Anna, el que se enteró en Matehuala de la sublevación. Ignoraba que estuviese dirigida exclusivamente contra don Valentín y temía que se intentase derrocarlo a él. Estaban frescas en su memoria las escenas de 1844, cuando arrastraron su pierna y derribaron sus estatuas, y no quería que se repitiesen. Marchó inmediatamente a San Luis, donde ya supo con exactitud de qué se trataba, y siguió su viaje a la capital, a la que llegó el 23 de marzo, o sea al mes justo de la batalla de Angostura. Fue muy bien recibido. La gente comprendía que, cualesquiera que fuesen las faltas de Santa Anna, estaba exponiendo la vida ante el invasor. Los dos bandos en pugna trataron de atraérselo; el general se inclina por el que tiene razón. Se hace cargo de la presidencia y manda suspender las providencias antirreligiosas dictadas por Farías. Procura, además, no ofender al bando opuesto. Y de esta manera pone fin a la discordia.

CERRO GORDO

El alto mando del ejército invasor, en vista de las dificultades que oponían los desiertos del norte, decidió desembarcar un ejército en Veracruz y marchar de aquí sobre la capital, siguiendo la ruta de Cortés, y nombró jefe de la expedición al general Winfield Scott.

El ejército de Scott desembarca en la playa de Collado y pone sitio al puerto, el que es sometido a un terrorífico bombardeo. Caen sobre la ciudad más de tres mil bombas. Es un torrente de hierro que convierte a Veracruz en un montón de ruinas. La ciudad tiene que rendirse.

Mientras mayores son las desgracias, más crece el coraje del pueblo ofendido. Santa Anna se dispone a levantar un nuevo ejército que cierre el paso a las tropas invasoras. Deja la presidencia en las manos de don Pedro María Anaya y se dirige rumbo a Veracruz. Establece su cuartel general en la hacienda de *El Encero*. Ordena a los restos del ejército que combatió en la Angostura que se movilicen hacia el Puente del Rey, punto fuerte entre Veracruz y México. La orden es obedecida. Aquellos gloriosos soldados que pelearon durante dos días contra las fuerzas de Taylor, que emprendieron su retirada a San Luis sin descansar,

Escaneado con CamScanner

salen de esta ciudad y se dirigen al Puente del Rey, caminando 800 kilómetros, bajo un sol terrible, enfermos, agobiados por el cansancio, para enfrentarse a un ejército flamante, recién desembarcado y que lo tiene todo.

Santa Anna elige para dar la batalla un lugar denominado Cerro Gordo, a unos 30 kilómetros de Jalapa, sitio poco a propósito, según la opinión de los peritos, para una acción victoriosa. Pero Santa Anna no oye opiniones y el 11 de abril establece su cuartel en el lugar escogido, al que llegan al siguiente día los restos del ejército de Angostura. Llegan también las fuerzas de Scott a la vista de los mexicanos y lanzan su primer ataque el día 17, siendo rechazados con no pocas pérdidas. El 18, al romper el día, se traba formalmente el combate. Desde el cerro de la Atalaya rompen los invasores el fuego sobre las posiciones mexicanas situadas en el Telégrafo, desde donde contesta la artillería de los patriotas. Santa Anna, que acude a todas partes, manda que suban dos batallones a reforzar las defensas del cerro. La acción se hace general. Cae muerto por las balas del enemigo, luchando con bravura, el general Ciriaco Vázquez. El enemigo se apodera de las obras bajas de la posición y comienza a subir al cerro, para dominar a los que están en la cumbre. Entonces cunde el desorden. Los soldados, abandonando sus filas, bajan por el lado opuesto. Santa Anna, temblando de ira, los contiene y los obliga a subir. Pero al verse rodeados de enemigos, emprenden otra vez la retirada. El general Baneneli, que se empeña en detenerlos, es arrollado por la masa de los fugitivos. Los norteamericanos se apoderan de la cumbre y disparan sus cañones y fusiles sembrando la confusión. Perdidas todas las fortificaciones, desalojados los mexicanos de sus posiciones y flanqueado el cuartel general, nadie pensó más que en salvarse. Sólo el general Rómulo Díaz de la Vega quedó batiéndose hasta el último instante; cercado por todas partes, fue obligado al fin a rendirse.

IMAGEN DE UNA PATRIA VENCIDA

La retirada de las tropas mexicanas fue desastrosa. Los invasores persiguiéndolas en su marcha, las acribillaron a tiros. Nada se salvó. El coche mismo de Santa Anna, que iba tras de él, fue tiroteado, y muertas las mulas, quedó en poder de los invasores, los que encontraron dentro de él, entre varios objetos, la pierna postiza que usaba Santa Anna para montar a caballo. También cayó en poder de los invasores un carro con 18,000 pesos que se habían recibido el día anterior para pagar las tropas.

El mutilado general se retira a caballo, con los generales Pérez, Romero y Argüelles, siete oficiales y tres civiles, rumbo a su hacienda de *El Encero,* por una vereda paralela al camino de Jalapa. Una patrulla americana los descubre y tienen que dejar la vereda, internándose en el monte, hacia Tuzamapan, a donde llegan a las cinco de la tarde. Piensan pasar ahí la noche, pero reciben avi-

Escaneado con CamScanner

so de que los persiguen, y montando a caballo otra vez marchan con dirección a Orizaba. La noche es muy oscura y pierden el rumbo. Esperan en un trapiche la llegada del nuevo día.

Santa Anna, desde que terminó la batalla, no ha hablado una sola palabra. Cabizbajo, profundamente abatido, piensa en el desastre. Los otros tampoco hablan. La derrota pesa sobre ellos como una montaña.

Al día siguiente continúan su marcha hasta el rancho del *Volador*. Santa Anna baja del caballo. La nueva luz lo ha reanimado un poco. Por fin habla y dice:

—No nos queda otro recurso que la guerra de guerrillas. Seguiremos peleando...

Cojeando, apoyándose en un palo nudoso, recorre a pie trechos del camino. Llega a Orizaba al oscurecer. Un gentío inmenso se reúne para verlo. Parece encontrar en aquel general mutilado, cubierto con el polvo de la batalla, cabizbajo y silencioso, la imagen de un pueblo vencido.

¡OTRO EJERCITO!

Santa Anna —ya lo hemos dicho— pasaba del más profundo abatimiento a la mayor exaltación. Alentado por el buen recibimiento que se le hizo en Orizaba, decide poner en pie un nuevo ejército que dispute a los invasores el camino a la capital.

El general Scott estaba seguro de que había destruído para siempre a Santa Anna y, por lo mismo, no imaginó que estuviese trabajando en la organización de nuevas fuerzas.

Así era, en efecto. Con su tremendo dinamismo, reúne a los dispersos de Cerro Gordo y forma dos batallones de 500 plazas cada uno. A esta fuerza agrega la brigada de Oajaca, que tiene 1000 hombres. En unos cuantos días el número de sus soldados sube a 4,000. ¡Ya tiene otro ejército! Cuando el general Scott se entera de ello, recibe una sorpresa y se convence de que no es fácil aniquilar el espíritu de defensa. En todas partes hay disposición para continuar resistiendo... excepto en algunas personas, como en el diputado Rejón, partidario de la entrega sin condiciones, y quien estuvo a punto de ser linchado por la multitud al grito de:

—¡Muera Rejón, que nos vende a los yanquis!

Santa Anna, representando ese espíritu nacional, decide salir de Orizaba y detener a los invasores en Puebla. Pero los poblanos tienen pocas ganas de pelear y su gobernador dice que no tiene medios para sostener un sitio. Entonces Santa Anna se dirige a la capital, donde piensa aumentar sus fuerzas y conseguir todo el dinero que le hace falta. En pocos días cuenta con una fuerza de 16,000 hombres, manda fortificar la ciudad, la recorre de un lado a otro y anima al pueblo

Escaneado con CamScanner

a la defensa. Viste a sus tropas, las equipa, manda fundir cañones, repone el armamento. Santa Anna sabe hacer todo esto, pero desgraciadamente no sabe dirigir una batalla.

El 8 de agosto pasa revista a las tropas del general Valencia y les dirige una arenga estremecedora. Pero hay discordia entre los jefes del ejército. Unos opinan que la ciudad de México debe defenderse, otros que no. Santa Anna resuelve en favor de la defensa.

Entre tanto el ejército invasor se acerca a la capital. Llega a Chalco y después a Tlalpan. Desde San Angel, Santa Anna da órdenes. Le manda al general Valencia que se retire a Coyoacán. Valencia no obedece porque cree que Padierna, un rancho cerca del Pedregal, es un lugar espléndido para resistir con éxito. Los invasores atacan a las fuerzas de Valencia, en Padierna. Valencia logra rechazarlos en un principio, y cuando espera el auxilio de la división de Santa Anna, ese auxilio no llega. Así (20 de agosto de 1847) Padierna cae en poder de los americanos.

A éste, siguen los otros desastres: Churubusco, Molino del Rey, Chapultepec, las garitas de la ciudad. ¿A qué seguir contando una historia triste?

El invasor iza su bandera en el asta del Palacio Nacional.

Santa Anna evacúa la ciudad. Don Manuel de la Peña y Peña se encarga de la presidencia de la República.

El 14 de septiembre, ya en camino hacia Querétaro, Santa Anna dirige una circular a los gobernadores, por medio de su ministro de Relaciones, en la que dice:

"Después de los grandes sucesos que han ocurrido el día de ayer, no ha quedado al gobierno de la Unión más arbitrio para continuar la guerra que salir de la capital la madrugada de hoy, con el fin de seguir dictando las disposiciones necesarias para hostilizar al enemigo invasor. Me ordena el presidente interino que ponga en conocimiento de V. E. para que lo haga presente a los honorables congresos de los estados, que S. E. está firmemente resuelto a continuar las operaciones militares contra el invasor, sean cuales fueren las ventajas que adquiera..."

En un manifiesto a la nación expedido más tarde, el caudillo veracruzano dice:

"Con el pesar más profundo os anuncio que después de continuos y extraordinarios esfuerzos, y al cabo de quince horas de continuo combate, me vi obligado a abandonar la capital cuando nuestras filas se habían disminuído tan notablemente, para salvar a ese digno pueblo de los estragos de los proyectiles del enemigo que había penetrado a nuestras líneas más cercanas, regando el paso con sus cadáveres y con los de los dignos mexicanos que defendían heroicamente, palmo a palmo, el honor y derechos de su patria. Testigos habéis sido de que creando recursos donde no los había, trabajando día y noche, preparé las defensas a la ciudad de México; de que formé y reuní un poderoso ejército, a fin de arrancar algún favor a la fortuna tan esquiva para nosotros. La insubordinación de un

Escaneado con CamScanner

general trastornó todo mi plan de operaciones, como ya lo sabéis... Yo he buscado ansiosamente la muerte por todas partes, porque pérdida tan grande excitaba mi más justo despecho. En Chapultepec recibí una contusión, en Belén traspasaron mi vestido las balas enemigas, y a mi derredor desaparecieron los mejores soldados de la república. ¿Qué me puede restar en medio de este duelo y angustia universal? La estéril satisfacción de la conciencia, la de haber sostenido personalmente el combate hasta el último extremo, la de haber vendido cara al enemigo su sorprendente victoria. El me vio de frente en la Angostura, en Cerro Gordo, en Churubusco, en Chapultepec, en Belén, en San Cosme y en la ciudadela y me encontrará, yo os lo juro, doquiera que fuere útil y glorioso combatir... Dije antes solemnemente y repito ahora que no desconfío jamás de la suerte de mi patria. Si callan las facciones alguna vez para escuchar su voz soberana, si reunimos nuestros votos y nuestros afanes, aún es tiempo de arrojar al enemigo del suelo que mancha con su presencia. Os consta que yo resistí una paz deshonrosa que reducía a la república a la nulidad más absurda y más completa. La nación ha apetecido, y aún apetece, la guerra: continuémosla, pues, con gran denuedo, y mi ejemplo será el más fervoroso... ¿Qué importan las desgracias? El infortunio es el crisol de las naciones y nunca es más grande la mexicana que cuando lucha con el destino para arrancarle la victoria, que Dios y la justicia le prometen".

De todas las proclamas de Santa Anna, tan vacías como sonoras, ésta es quizá la única que contiene una idea verdadera y expresa sentimientos legítimos. Era cierto que había expuesto la vida por los derechos de su tierra; era cierto que había combatido con honor en la Angostura, trasladado con increíble rapidez su ejército de Coahuila a los cerros de Veracruz, y que derrotado allí, todavía levanta otro ejército con qué defender la capital, "con un plan tan acertadamente combinado como torpemente ejecutado —dice *Alamán*— mereciendo el elogio que el senado romano dio en circunstancias semejantes al primer plebeyo que obtuvo las fasces consulares, de no haber desesperado nunca de la salvación de la república".

Todo esto era tan cierto como que había faltado el tino para dirigir las acciones a la victoria.

AL DESTIERRO

Con los restos de su ejército, Santa Anna se dirige a Puebla. En el camino deserta la mayor parte de los soldados. En la hacienda de Guadalupe, un sargento —caso típico de psicosis de guerra— excita a sus compañeros a la rebelión y a desertarse con armas y caballos, disparando su rifle contra la multitud. Santa Anna lo manda fusilar, pero alguien intercede por él y la orden no se ejecuta.

El 24 de septiembre llegan a Puebla, con el propósito de apoderarse de ella.

Escaneado con CamScanner

El general Joaquín Rea combate a la guarnición norteamericana. Santa Anna se une a él y ponen sitio a la ciudad. Los invasores ocupan el barrio de San José y los cerros de Loreto y Guadalupe. Santa Anna entra a la ciudad, seguido por el pueblo que pide armas para combatir. Santa Anna no ataca y los soldados se desalientan. El general en jefe levanta el sitio para apoderarse de un convoy de víveres, y sale rumbo al Pinal. La desbandada es total. En Huamantla, el capitán Eulalio Villaseñor, con una corta fuerza, mata a lanzadas a 50 tejanos que al mando del guerrillero Walker saqueaban la ciudad.

Entre tanto, el nuevo presidente Manuel de la Peña y Peña le comunica a Santa Anna que ha cesado en el mando del ejército y que resida en el lugar que elija en espera del consejo de guerra que ha de juzgarlo por la pérdida de las acciones que ha dirigido. Le ordena asimismo que entregue el mando al general Manuel Rincón. Santa Anna se enfurece, pero acata la orden y se instala en Tehuacán, sin más compañía que la de su capellán, el general Stáboli y una escolta de caballería. Pero como una cuadrilla de tejanos, al mando de Jack Hays, trata de vengar las matanzas del Alamo y el Presidio en la persona de Santa Anna, éste huye de Tehuacán al saber que se aproximan los vengadores.

Al firmarse la paz, Santa Anna recibe del gobierno el pasaporte solicitado para emigrar, y Butler, general en jefe de las fuerzas de ocupación, le da un pase para que cruce las líneas americanas. De Jalapa a su hacienda del Encero escoltan tres compañías norteamericanas el coche en que viaja. Los soldados extranjeros, que tenían gran curiosidad por conocer al terrible Santa Anna, se decepcionan cuando encuentran "un obeso caballero, de mediana edad, vestido con una casaca verde olivo y botones dorados, de triste expresión de serenidad, que cojea ligeramente sobre su pata de palo". Encuentran que doña Dolores Tosta, su esposa, es una "linda flor de México", "una dama perfecta, cortesana y graciosa como si aún presidiera en el Palacio Nacional".

Santa Anna permanece siete días en *El Encero,* arreglando su partida, y el 5 de marzo con su esposa, su hija y dos personas más, se embarca en La Antigua, hacia la isla de Jamaica.

Tiene 54 años de edad y 25 de bregar en la borrascosa política mexicana.

El desterrado y su familia viven en Jamaica durante dos años y luego emigran a Colombia. Se instalan primero en Cartagena de Indias y más tarde en Turbaco, donde el inquieto general hace una vida tranquila, olvidado al parecer de los negocios que agitan a su patria.

EL PROSCRITO VUELVE

En México, las cosas marchan de mal en peor. Al honrado gobierno de don José Joaquín Herrera sucede el de Arista. Un congreso que no es otra cosa que una asamblea de imbéciles —imbéciles en el sentido de incapaces para la lucha

Escaneado con CamScanner

y la acción— agarrota el brazo del ejecutivo e impide que éste haga algo para salvar a la nación del desastre. Filibusteros osados que se mofan de la impotencia del gobierno para domarlos; guerra de castas en Yucatán; agiotistas sobre las rentas públicas; balumba de indios bárbaros asolando las provincias del norte; *centrifuguismo* político; anarquía, miseria y desorden; este es el cuadro que ofrece el mutilado México en 1853. Arista se presenta muy respetuoso ante el congreso y le pide autorización para obtener recursos que le permitan someter a los bárbaros, arrojar a los filibusteros del territorio nacional, poner fin al desorden. El congreso le dice que no. Le importa poco que la nación se hunda. Arista no se atreve ni a tocar la orla de las vestiduras de los sagrados representantes populares. Y como no puede hacer nada, renuncia (5 de enero). Lo suple el presidente de la Corte, Juan B. Ceballos. Disuelve la cáfila de ineptos que forman el congreso, y cuando se resisten invocando el respeto a su soberanía, los manda a la cárcel.

La nación clama por un gobierno que mande de verdad, que rija con mano firme la vida del país, que una el barril sin aros en que está convertida la república. Y las armas apoyan estas pretensiones. Primero en Guadalajara, donde un sombrerero, José María Blancarte, se alza en armas y hace resonar nuevamente el nombre de Santa Anna. Meses más tarde se prende el fuego de la revolución en Michoacán, contra el jacobino Melchor Ocampo, el que había ya colmado la paciencia de la gente con sus disposiciones antirreligiosas. Posteriormente los jefes militares se ponen de acuerdo en llamar a Santa Anna. Renuncia Ceballos, el general Lombardini ocupa la presidencia y el 17 de marzo se conoce el resultado de la elección hecha por los Estados y Territorios, que favorece a Santa Anna, al que por lo mismo se declara presidente electo.

Una comisión marcha a Tubarco a pedirle que vuelva. Don Antonio acepta el poder que le ofrecen y el 1º de abril desembarca en Veracruz. Todos los partidos habían estado conformes en su vuelta. Las logias simbólicas 7, 16 y 27 habían conspirado a su reinstalación. A los conservadores ofrece Santa Anna obrar de acuerdo con su programa, "persuadido de que era el único medio de restablecer el orden".

SANTA ANNA Y ALAMAN

Apenas llega el caudillo a Veracruz se pone en sus manos una carta escrita por don Lucas Alamán en la que éste fijó los principios según los cuales debería gobernar. Esta célebre carta es la expresión *del credo político de la reacción,* de acuerdo con la opinión corriente. Pero es algo mucho menos que eso. Contiene únicamente un breve programa de acción política, de carácter circunstancial, de cuya ejecución depende que recobre su vigor el Estado. Propone, en resumen, Alamán, como puntos de su programa, los siguientes: que se mantenga

Escaneado con CamScanner

la religión católica, único lazo que liga a todos los mexicanos, pero sin "inquisición ni persecuciones"; que se derogue el sistema federal, el que había sido hasta entonces "una máquina de destrucción"; que haya una fuerza armada en proporción a las necesidades y recursos del país, con "numerosas reservas, como las antiguas milicias provinciales, que poco o nada costaban en tiempo de paz".

La carta de Alamán es muy digna, "sin una sola lisonja", y lo que propone es justamente lo que exige la salud política de la nación. Santa Anna, convencido de ello, se somete dócil a lo que Alamán dicta. Se unen el caudillo y el estadista; el que tiene la fuerza porque tiene al ejército, y el que tiene la ciencia de gobernar.

APOTEOSIS

El viaje de Santa Anna de Veracruz a la Capital fue en medio de una continua ovación. El 16 de abril llegó a la Villa de Guadalupe, donde una enorme multitud lo esperaba. Bajó del coche y se dirigió a la Colegiata, a dar gracias a Dios por su regreso. Tres días después entró a la capital, bajo arcos triunfales y un entusiasmo delirante. El pueblo desunce los caballos de la carroza y lo conduce entre la muchedumbre que lo aclama. Sí: era el mismo pueblo que nueve años antes había desenterrado su pierna y tirado sus estatuas. Espera en él, confía en él. Piensa que ha mudado de carácter, que los largos meses de destierro han hecho de él un hombre mejor.

¿Defraudará Santa Anna, otra vez, las esperanzas de su pueblo?

Parece que no va a defraudarlas. Empieza muy bien. Nombra secretario de Relaciones y jefe del gabinete a don Lucas Alamán; de Guerra, al general José María Tornel; de Hacienda, a don Antonio Haro y Tamariz; de Justicia, a don Teodosio Lares.

El que realmente dirige el nuevo gobierno es Alamán, quien trabajando sin descanso se aplica a reorganizar un país desbaratado. Desgraciadamente para México, Alamán muere el 2 de junio (1853); poco después, en septiembre, muere también Tornel, y renuncia Haro. Y el que dirige la política es el secretario de Guerra, general Santiago Blanco.

La influencia de Alamán persiste durante algunos meses. El gobierno se hace respetar. Sofoca motines con mano pronta y dura. Se derrota a los aventureros, Walker Gautier Valdomar y Raousset de Boulbon; se establecen buenas relaciones con la Iglesia; se pone un hasta aquí al libertinaje de la prensa, lo cual era indispensable porque la prensa había llegado a ser un instrumento de los sediciosos. En fin, se hace sentir en todo el país la existencia de la autoridad, el peso del Estado.

Para avivar el patriotismo, el gobierno decreta que se honre a los muertos en la defensa nacional contra el invasor. Manda que se exhumen y sean depo-

Escaneado con CamScanner

sitados en sepulcros dignos los restos de los héroes caídos en Palo Alto, la Resaca, Sacramento, Monterrey, la Angostura, Cerro Gordo y Valle de México. Se declaran acciones distinguidas de guerra las de Molino del Rey y Churubusco. Justo era ese reconocimiento. Si México tiene héroes verdaderos, dignos de ser venerados, esos son los que murieron defendiendo a su patria. Héroes, por cierto, olvidados, pues ¿quién recuerda algunos nombres de los que cayeron en la Angostura, en Cerro Gordo, en Molino del Rey? Se perpetúa el nombre de forajidos, imponiéndolos a las calles y a las plazas; se levantan estatuas a los traidores, y deliberadamente, conscientemente, se ha echado tierra sobre la memoria de los que lo dieron todo para que su patria no pereciera. De este modo, el pueblo no tendrá ejemplos que lo inspiren, guías que lo salven.

SU ALTEZA SERENISIMA

La nación que había visto el fracaso de otros gobernantes por falta de poder, se lo entrega todo a Santa Anna. Que no le falten, sino que le sobren facultades, a ver si en eso consiste la buena marcha de la administración. Y de aquellos presidentes aherrojados por el congreso se pasa al presidente con poderes sin trabas. A iniciativa de Guadalajara, y con la adhesión entusiasta de don Juan Alvarez, se dio un decreto el 16 de diciembre prorrogando a Santa Anna el poder ilimitado por todo el tiempo que juzgase necesario, con derecho a escoger sucesor, y el título, anexo al de presidente, de *Alteza Serenísima.*

Sin duda que el régimen adecuado a México en aquellas circunstancias era una dictadura, un gobierno fuerte que se hiciera obedecer y que estrangulara todos los elementos de dispersión y anarquía que habían sido la causa de tantas desgracias. Pero no era Santa Anna el hombre idóneo para encarnar la dictadura. Usó el poder discresional de que fue revestido en provecho suyo, de su casta y de una minoría privilegiada.

La venta del territorio de la Mesilla en diez millones de pesos, la insolente exhibición de lujo de las clases privilegiadas ante la penuria del pueblo, el derroche de los fondos públicos y otros excesos, fueron —tenían que ser— el motivo, o el pretexto de una nueva revolución.

EL PLAN DE AYUTLA

En marzo de 1854, un oscuro jefe militar, Florencio Villarreal, movido por Juan Alvarez, cuya autocracia había Santa Anna puesto en peligro, promueve una insurrección en el pueblo de Ayutla. Pareció en un principio una de tantas asonadas; pero era, en realidad, una revolución, esto es, un movimiento dirigido a cambiar el orden establecido. Se trataba de tirar a Santa Anna y de algo mucho más importante. Con este movimiento entran al escenario de las luchas políticas las

Escaneado con CamScanner

nuevas generaciones. Las figuras del ejército que hizo la independencia, porción del ejército del rey, irán desapareciendo, y con ellas desaparecerá Santa Anna para siempre.

Según el Plan de Ayutla, que redactó Comonfort, cesaban en el ejercicio del poder público Santa Anna y todos los que se opusieran al plan; el jefe del ejército revolucionario convocaría, al triunfar, un representante por cada Estado y Territorio, cuya asamblea elegiría presidente interino, quien estaría investido de amplias facultades y convocaría a un congreso para que éste constituyese la nación bajo la forma de república representativa popular. Se invitaba a los generales Bravo, Alvarez y Tomás Moreno para que tomaran el mando de las fuerzas libertadoras. Bravo, en vez de aceptar, llamó a los pueblos a la obediencia al gobierno.

El alma de la revolución de Ayutla era Melchor Ocampo. Furibundo comecuras, inteligente, orgulloso, "despreciaba íntimamente a su patria" (*Cuevas*). Se abarraganó con una *gringa* y desde entonces sus sentimientos antimexicanos se afirmaron. Expulsado del país por Santa Anna (Ocampo había sido la causa principal de la revolución que puso a aquél en el poder), fue a dar a Nueva Orleans, sede de las sociedades secretas que dictaban la suerte de México. Más tarde pasó a Brownsville, donde se formó una junta revolucionaria cuyo representante en Ayutla fue don Eligio Romero.

La guerra a que dio origen el Plan de Ayutla se prolongó por más de 17 meses. Cuando la revolución languidecía, Comonfort desembarca en Acapulco con 2,000 fusiles, 80 quintales de pólvora, 50,000 cartuchos, un obús de montaña, gran cantidad de granadas, cápsulas para obús y otros pertrechos, adquiridos en Nueva York, a donde había hecho viaje para obtenerlos. También trajo personal técnico americano. Hay una carta de Alvarez a Comonfort en que lo autoriza para que enganche 80 artilleros de *cualquier nación que fuese*. Había interés del otro lado del río Bravo en que a los mexicanos de ninguna manera nos faltasen medios para matarnos entre sí. Don Mariano Cuevas dice que Comonfort no sólo trajo armas, municiones y personal técnico, sino también instrucciones secretas, equivalentes a muy serias amenazas, lo cual deduce de la respuesta que Comonfort dio a una carta de don Mariano Riva Palacio.

Santa Anna, cansado de aquella guerra larga y temeroso de una intervención de los Estados Unidos en favor de los revolucionarios; sin ideales que defender, por otra parte, y con más de 60 años a cuestas, desiste de seguir luchando. La madrugada del 9 de agosto (1855) huye de la capital, dejando la presidencia en manos de un triunvirato compuesto por el presidente de la Suprema Corte y los generales Salas y Carrera. Tres días después publica en Perote un manifiesto en el que declara que "devuelve a la Nación el poder que le había confiado, para no ser un pretexto para la guerra civil", y el 16 de agosto se embarca en la Antigua en el vapor nacional *Iturbide*. Esta vez se va para siempre del poder.

Escaneado con CamScanner

"Todo un período de nuestra historia desaparecía con él, no sin dejar largos y sangrientos rastros, a manera de visos rojos de crepúsculo; la historia nacida de la militarización del país... iba a concluir; la tragedia perdía su protagonista. Lenta, pero resuelta y definitivamente, otro período histórico, otra generación, otra República iban a entrar en escena" [8].

SUEÑOS IRREALIZADOS

El benemérito —Santa Anna fue el primer benemérito— se marcha a Colombia, donde tiene posesiones. Ocupa su tiempo en leer y escribir. Se entera puntualmente de lo que pasa en México. El triunfo de los federalistas; la nueva constitución; el golpe de Estado de Comonfort; la presidencia de Benito Juárez... Juárez, el nuevo jefe del partido liberal, no es como Gómez Farías, su antecesor. Este era blando, cedía a cucamonas, se aliaba con quien fuese. El nuevo es tozudo, rígido, no perdona. Cuando ve su nombre en las noticias, don Antonio comenta: "Este no me perdonará nunca haberme servido la mesa en Oaxaca, con su camisa y su calzón de manta, en la casa del licenciado Manuel Embides".

Los conservadores tienen nuevos caudillos: son unos muchachos, Miramón y Osollo. Cabales, de una pieza, firmemente adheridos a los ideales de su partido. Y éstos sí saben ganar batallas. En valor y destreza militar, superiores al viejo desterrado.

Pero el benemérito sueña. Cree que todavía es indispensable. Que llegará un momento en el que los partidos se lo disputen, que algún día se presentará otra vez como salvador de la república.

No puede reconocer que es, definitivamente, un cartucho quemado. Que los liberales, a quienes tanto sirvió, le detestan; que los conservadores, a quienes muchas veces empleó como instrumento de sus ambiciones, no lo necesitan para nada.

Hay, sin embargo, algunas personas que se acuerdan de él. Don José María Gutiérrez de Estrada le informa de las gestiones que se hacen para que un príncipe europeo acepte el trono de México. Don Antonio se muestra conforme con la idea. De Santo Tomás le escribe el 15 de octubre de 1861 y le dice que "México no tendrá paz duradera, mientras no cure radicalmente su mal, y el remedio no puede ser otro que sustituir a esa farsa llamada República por un Imperio constitucional". Más tarde, notificado de que el candidato es Maximiliano, escribe a Gutiérrez de Estrada: "El candidato de quien V. me habla es inmejorable; por consiguiente, me apresuro (siempre está apresurándose) a darle mi aprobación. Hágame V., pues, el favor de participárselo, como también a nuestros amigos, pero con toda reserva, porque bien sabe V. que en política hay cosas que no se deben publicar antes del momento oportuno... Persuadido de que ha llegado el momento

[8] Justo Sierra, *Evolución Política de México*, p. 302.

Escaneado con CamScanner

de obrar, estoy dispuesto a presentarme lo más pronto posible en el suelo de mi patria, decidido a trabajar con todas mis fuerzas hasta la realización completa del negocio... Ya ve V., amigo mío, que estoy lejos de dormirme cuando se trata de poner manos a la obra, y que mis acciones están de acuerdo con mis palabras" [9].

LA VUELTA... Y LA PROCLAMA

El 28 de febrero de 1864, bajo la intervención francesa, y a bordo del paquete inglés *Conway*, llega Antonio López de Santa Anna a Veracruz. En cuanto se sabe de su llegada se trasmiten órdenes a las autoridades del puerto de que, antes de desembarcar prometa, bajo su firma, de una manera solemne, su adhesión al nuevo estado de cosas, así como abstenerse de publicar cualquier manifiesto. Don Antonio se somete a todo y firma un documento que dice así:

"Declaro sobre mi honor que me adhiero a la intervención francesa, y que reconozco como único gobierno legítimo la monarquía proclamada por la Asamblea de Notables con el príncipe Maximiliano de Austria por emperador de México. Me comprometo a abstenerme de toda manifestación pública y a no hacer nada ni por escrito ni de palabra que indique que yo entro en mi país con otro carácter que con el de simple ciudadano".

Con cuántas reservas mentales firmaría Santa Anna este papel, se verá por lo que sigue después.

Desembarca Santa Anna con su familia y la población del puerto lo recibe con fiestas. La policía tiene que abrirle paso entre la multitud que quiere ver de cerca al célebre personaje. ¡Todavía tiene *taquilla* este viejo cojo de setenta años!

Al día siguiente de su desembarco dirige a la Regencia del Imperio una comunicación que dice:

"El día 28 del corriente, a las 5 de la tarde, desembarqué en este puerto, procedente de San Tomás, en donde permanecí algunos años, recibiendo la hospitalidad que las vicisitudes políticas me obligaron a buscar en tierra extranjera.

"Al decidirme a volver al suelo natal, he llevado la noble mira de cooperar de la manera que me sea posible, a la consolidación de las instituciones que la nación ha tenido por conveniente adoptar, bajo la sombra benéfica del trono en que ha de colocarse el ilustre príncipe designado en los altos consejos de la Divina Providencia para levantar a la nación del abismo de desgracias en que por la anarquía se hallaba hundida".

Una de las características constantes de Santa Anna es su falta de palabra, es decir, su falta de honor. Dice una cosa y piensa otra; ofrece algo con el ánimo de no cumplirlo; confunde la habilidad con la artería; es embustero; se complace

[9] Cartas reproducidas por Zamacois en el t. 18, p. 430 de su *Historia de Méjico.*

Escaneado con CamScanner

en engañar. Representa Santa Anna, no al mexicano, como se ha dicho por ahí, porque el mexicano, por lo regular, es *cumplidor*, hombre de bien que sostiene lo que promete; Santa Anna representa fielmente, en dimensiones extraordinarias, al *político mexicano*, sin pundonor, sin lealtad, artero, mentiroso e intrigante.

Así, habiendo prometido solemnemente que se guardaría de hacer manifestaciones públicas, lanza el 3 de marzo una proclama muy *santannista*, es decir, rimbombante, gruesa, cursi. Se jacta en ella de lo hecho en su último período de gobierno; dice que había dejado la nación en una posición brillante, en las mejores relaciones con las potencias amigas, con un ejército fuerte y bien vestido, con los caminos libres de malhechores, los salvajes contenidos y los filibusteros escarmentados, el comercio y la industria florecientes, respetadas las garantías individuales; pero que los extravíos de los mandatarios liberales habían cubierto de luto y amargura el corazón de la familia mexicana. Y agrega:

"Ya instalado en la capital un gobierno elegido por los mexicanos libremente, los buenos patricios están en la obligación de agruparse en su alrededor para revestirlo de prestigio y de fuerza... Restablecida la paz, constituído el país a su contento, pediré por gracia solamente que se me deje disfrutar, en mis últimos días, del reposo que no he podido conseguir en ninguna de las posiciones de mi vida".

Luego excita a sus conciudadanos a que conserven el "monarca magnánimo que ha extendido su mano oportuna y generosamente", y contradiciéndose estúpidamente, después de protestar su fe en la monarquía declara que no es enemigo de la democracia y recuerda que fue el primero en proclamar la república.

El tenor de la proclama indicaba que el viejo caudillo, más que declarar su adhesión al imperio, pretendía demostrar que estaba listo para lo que se ofreciese: proclamar otra república, otro rey, cualquier cosa, con tal de que fuese él quien lo proclamara.

Así lo entendió el mariscal Bazaine, quien lleno de ira por la falta de Santa Anna a lo prometido, ordenó que saliera inmediatamente del país. Y el 12 de marzo lo embarcan, con todo y proclamas y planes, en la corbeta *Colbert*, rumbo a La Habana.

En La Habana quiso disculparse de infidelidad diciendo que, como el documento que firmó estaba en francés, no supo lo que había firmado, cosa falsa, pues un intérprete le explicó en clarísimo español lo que contenía el papel.

GENIO Y FIGURA...

En Cuba, don Antonio se mantiene pendiente de lo que ocurre en México. Se entera de que Maximiliano ha asumido el poder y confía en que lo llame. ¿Cómo va a olvidarse de una figura tan prominente en la política mexicana? Pero el Emperador no tiene tiempo de ocuparse de ese viejo revoltoso que tiró

Escaneado con CamScanner

el trono de Iturbide. No lo llama, y entonces, herido por el despecho, el que juraba que no había para México nada tan bueno como un imperio constitucional ¡se declara partidario ardiente de los republicanos!

Santa Anna vuelve a ser el mismo de 1822: primero, el súbdito más rendido del emperador; después, su más implacable enemigo. Sólo que ahora lo que haga o deje de hacer no tendrá ninguna trascendencia. Manifiesta que "derramará hasta la última gota de su sangre" para sostener la república, pero nadie le hace caso. Su sangre es ya un líquido corrompido que no tiene ninguna utilidad.

En cuanto advierte el resuelto propósito del gobierno de Washington de favorecer la causa republicana y el descontento de los conservadores con las disposiciones de Maximiliano respecto a la Iglesia, Santa Anna tiene ante sí el río revuelto donde puede pescar. Y convertido en feroz enemigo de un imperio por el que prometió luchar hasta la muerte, busca los medios de derrocarlo. Cree que Juárez y su grupo no lo podrán hacer y que bastará que él monte su caballo y dé un grito para que se derrumbe el trono de Maximiliano como se derrumbó el de Agustín.

Aprovechando la visita de William Seward, secretario de Estado del gobierno de Washington, quien hace un viaje por las Antillas, Santa Anna celebra con él una conferencia en la que le ofrece su ayuda para que la Doctrina Monroe sea respetada. El derrocará a Maximiliano en poco tiempo, si los Estados Unidos le prestan auxilio.

No sabemos lo que Mr. Seward le contestaría, pero lo cierto es que poco después de esa conferencia, Santa Anna desembarca en Nueva York y se instala en Elizabethport, desde donde procura que el gobierno de Washington apruebe sus planes y le ayude a penetrar en territorio mexicano a la cabeza de las fuerzas libertadoras. Pero el gobierno de los Estados Unidos ya tenía hechos sus tratos con Juárez y no había motivo para cambiar de marchante.

Los republicanos se enojaron al saber que don Antonio se hallaba en Norteamérica, y temiendo que les *comiera el mandado,* lanzaron una enérgica protesta por medio del *Club Mexicano* que residía en Nueva York, contra el "que había sido el hombre más funesto para México, el origen de todos sus males y calamidades, el promovedor del desorden y la anarquía, el conculcador de toda ley y el destructor de la libertad". Terminaban diciendo que "abrigaban la íntima convicción de que los republicanos de México no cometerán jamás el irreparable error de deshonrar sus filas, admitiendo en ellas al que fue siempre enemigo de la libertad".

Don Antonio, en carta dirigida a don Matías Romero, embajador en Washington, se declara subordinado militante a las órdenes de don Benito. Tratando de inspirar confianza y de justificar todas sus clásicas *volteadas,* decía: "Todavía no se me juzga con la imparcialidad de la historia: ese día no ha llegado; cuando llegue, se me podrán aplicar las palabras de Montesquieu: 'las faltas de los

Escaneado con CamScanner

hombres de Estado, no siempre son espontáneas, frecuentemente son consecuencias necesarias de la situación en que se encuentran; y los inconvenientes engendran inconvenientes' ". Al final confesaba: "no soy conservador ni liberal; soy únicamente mexicano".

De nada sirvieron todas sus protestas: los juaristas lo despreciaban, como antes lo habían despreciado los conservadores.

El 5 de junio (1866) dio en Elisabethport un manifiesto contra el imperio de México, volviendo a recordar que había sido "el primero que proclamó en México la república el 2 de diciembre de 1822, anunciando como el apóstol al Areópago una divinidad desconocida"; se disculpaba de haber aspirado alguna vez al restablecimiento del sistema monárquico y se esforzaba en justificar el ofrecimiento de sus servicios a Maximiliano. Benito Juárez, al que en el manifiesto de Veracruz imputaba todos los males del país, era ahora un gran patriota. González Ortega, con quien Juárez ya andaba en riña, un digno hijo de México. Y a ambos, como un padre, les decía: "No sean tontos, hijitos, déjense de pleitos y únanse". Terminaba su manifiesto con estas palabras: "Creedme: yo no puedo, no debo, no quiero cerrar el libro de mi vida con una mentira: busco para mi tumba un laurel nuevo que la cubra con apacible sombra. Apresuremos la hora, la obra del triunfo nacional: confiad en mis palabras, y estad prontos. ¡Abajo el imperio! ¡Viva la república!"

LA ULTIMA CONSPIRACION

Con 72 años de vida, cojo y lleno de alifafes, Santa Anna se entrega a su última conspiración. Da plenos poderes a un colombiano llamado Darío Mazuera a fin de que solicite del gobierno de Washington los recursos necesarios para una expedición sobre México de 3,000 hombres. Le autoriza para convenir en las garantías que le exijan con respecto al pago de los gastos y para que busque entre los particulares el auxilio económico que necesita, caso de que Washington se niegue a prestarlo.

Esta última conspiración desemboca en el ridículo. Mazuera resulta un pícaro de siete suelas que se burla del valetudinario caudillo. El lío en que se mete le cuesta a éste más de treinta mil pesos. Y no hay expedición, ni marchas triunfales, ni proclamas.

Pero el curso de los sucesos le deparan otra ocasión que le parece favorable para conquistar el poder por última vez. Al saber la rendición de Querétaro y la captura de Maximiliano, cree llegado el momento de obrar por cuenta propia. Se embarca en Nueva York en el vapor *Virginia,* con sus partidarios más fieles, proponiéndose llegar a Veracruz antes de que la plaza fuese tomada por los liberales y proclamar allí un gobierno republicano conservador. Santa Anna mantiene en secreto el objeto de su viaje para que el gobierno norteamericano, firme sostén

Escaneado con CamScanner

de Juárez, no le impida embarcarse, ni lo arreste, como había arrestado a González Ortega. Llega a Veracruz el 3 de junio y es recibido por las autoridades imperialistas. En seguida visita el castillo de San Juan de Ulúa y vuelve al puerto. El plan que trae en la mente es muy sencillo: derrocar a Juárez, lo que le parece fácil, y establecer una república conservadora. Trazará un plan, la guarnición de Veracruz y del castillo se adherirán a él, organizará una fuerte columna, marchará a la capital, y puesto de acuerdo con sus defensores, obligará a Porfirio Díaz a levantar el sitio. Entonces, otra vez el amo.

Pero los Estados Unidos vigilan. Hay que proteger a don Benito. Y echan abajo los planes del incansable caudillo. El comodoro Roe, comandante del barco de guerra *Tacony,* se dirige en un bote al vapor *Virginia,* la mañana del 7, sube a él, pregunta por Santa Anna, le dice que debe seguirlo a su buque, de grado o por fuerza. Santa Anna protesta en balde contra aquella violación de la soberanía de México; Roe manda a sus marinos que cojan a Santa Anna y lo conduzcan al buque de guerra. La orden se cumple. Al día siguiente, es trasladado de nuevo al *Virginia,* cuyo capitán recibe órdenes del comodoro de llevar a Santa Anna muy lejos de Veracruz. Y, en efecto, lo llevan hasta Sisal, donde el capitán del *Virginia* lo entrega preso al comandante liberal de la plaza. De este modo se frustró el plan. Benito Juárez tenía bien protegidas las espaldas por los norteamericanos. La soberanía nacional... bueno, eso era cosa sin importancia.

Juárez había dado orden de que mataran a Santa Anna. Pero la orden no se cumplió, contra su voluntad.

EL ULTIMO DESTIERRO

De Sisal llevan al ex-caudillo a Campeche, y de aquí a Veracruz. Lo encierran en las mazmorras de San Juan de Ulúa, donde está mes y medio incomunicado. Por fin le anuncian que será juzgado como traidor a la patria. Se le instruye el proceso correspondiente y toma la defensa el abogado don Joaquín Alcalde, quien brillantemente expuso ante el consejo de guerra los descargos en favor del acusado. El consejo es clemente: no lo condena a muerte, sino a la pena de ocho años de destierro.

Sale de Cuba, donde lo expulsan, recorre varios puntos de las Antillas y al fin se radica en Nassau. El congreso decreta una amnistía de imperialistas, pero Santa Anna es expresamente excluído de ella. Don Benito es implacable. Santa Anna lo llama "sátrapa, símbolo de crueldad, boa constrictora que comprime a su víctima hasta consumirla". Pero el odio de Juárez se extingue por una sencilla razón: Juárez se extingue también, el 18 de julio de 1872. Es un enemigo más cuya caravana fúnebre ve pasar el longevo general.

Escaneado con CamScanner

Don Antonio vuelve antes de los ocho años. El 27 de febrero de 1874 desembarca en Veracruz. Es un hombre decrépito que se apoya en el brazo de su hijo Antonio. Está sordo y casi ciego. No hay multitudes que lo esperen, sólo una persona: Bonifacio Tosta, su cuñado. Parte a Orizaba y de aquí a México, en ferrocarril. En Buena Vista lo esperan su esposa, el general Santiago Blanco y su nieto Francisco de Castro. Se hospeda en la casa de su esposa, calle de Vergara número 9, hoy Bolívar 14.

El 17 de marzo, pocos días después de llegado a la capital, hace una visita al santuario de la Virgen de Guadalupe, de la que es especial devoto. Lo recibe el Abad de la Colegiata y lo conduce al vestidor de los canónigos, con su señora y una nieta. Allí conversa largamente con el Abad, hasta que, terminados los oficios, le avisan que ya han quitado el cristal que cubre la imagen de la Guadalupana. Entonces se levanta, se coge fuertemente del brazo del coronel Jiménez, y marchan todos a la iglesia. Con muchas dificultades sube el anciano la estrecha escalerita que conduce al sitio donde está la milagrosa imagen. Profundamente conmovido, acerca sus labios al ayate, lo besa con el mayor respeto y dirige a la Virgen, a media voz, algunas palabras.

Después, se sienta a esperar la muerte. En la primavera de 1876 se agudizan sus males. El anciano sabe que su hora se acerca y dicta su testamento. Su esposa y su cuñado no se apartan del lecho. El moribundo hace sus últimas recomendaciones: que lo entierren en el cementerio más cercano a la Colegiata de Guadalupe; que le lleven los últimos auxilios espirituales; que su cadáver sea encerrado en una caja humilde y que se lleve al cementerio sin solemnidad ninguna, por cuatro cargadores.

La noche del 20 de junio (1876) pide a su esposa que lo deje solo, para dormir un poco. Cuando la señora regresa a la alcoba, en la madrugada, don Antonio López de Santa Anna ha muerto.

Escaneado con CamScanner

BIBLIOGRAFIA

ALAMÁN, LUCAS: *Historia de México; Disertaciones.*—ARRANGOIZ, FRANCISCO DE P.: *México desde 1808 hasta 1867.*—BANEGAS GALVÁN, FRANCISCO: *Historia de México.*—BRAVO UGARTE, JOSÉ: *Historia de México.*—BULNES, FRANCISCO: *Las Grandes Mentiras de nuestra Historia.*—BUSTAMANTE, CARLOS: *Cuadro Histórico.*—CALDERÓN DE LA BARCA, MME.: *Life in Mexico.*—CUEVAS, MARIANO: *Historia de la Iglesia en México; Historia de la Nación Mexicana.*—ESQUIVEL OBREGÓN, TORIBIO: *Apuntes para la Historia del Derecho en México.*—GARCÍA GUTIÉRREZ, JESÚS: *Acción Católica en México.*—LÓPEZ DE SANTA ANNA, ANTONIO: *Mi vida militar y política.*—MATEOS, JOSÉ MARÍA: *Historia de la Masonería en México.*—MORA, J. M. LUIS: *México y sus Revoluciones.*—MORRISON, P. S. y COMMAGER, H. S.: *Historia de los Estados Unidos.*—MUÑOZ, RAFAEL M.: *Santa Anna.*—PAZ, IRENEO: *Su Alteza Serenísima.*—PEREYRA, CARLOS: *Historia de América.*—POINSETT, JOEL R.: *Notas sobre México.*—RABASA, EMILIO: *Evolución Histórica de México.*—ROA BÁRCENA, J. M.: *Recuerdos de la Invasión Americana.*—TORNEL Y MENDIVIL, J. M.: *Breve Reseña Histórica.*—VALADÉS JOSÉ C.: *Santa Anna y la Guerra de Tejas.*—VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR, ALEJANDRO: *Estudios Históricos.*—SIERRA, JUSTO: *Evolución Política de México.*—SUÁREZ NAVARRO, JUAN: *Historia de México y del General Antonio López de Santa Anna.*—ZAMACOIZ, NICETO DE: *Historia de Méjico.*—ZAVALA, LORENZO DE: *Ensayo Histórico de las Revoluciones en México.*

INDICE

INTRODUCCIÓN 5

¿Quién manda aquí? 8
Santa Anna, el primero 9
Resultados de una entrevista 10
¡Viva la República! 10
"¡Escríbame una proclama!" 11
"Dar la orden de degüello" 12
"Vámonos a Estados Unidos" 13
El plan maestro 14
Cae un imperio 15
Protector de la libertad 16
La piedra filosofal 17
Nuevas turbulencias 18
Frustrada aventura 19
Manga de Clavo 20
Escoceses y... escaseces 21
Santa Anna se voltea 21
Santa Anna no perdona 22
El motín de la Acordada 23
La expedición de Barradas 24
Clamor contra el procónsul 26
Otra vez la bola 27
Al fin Presidente 29
Una parodia de la Revolución Francesa 30
El salvador 31
Centralismo y guerra 32
Antecedentes de la cuestión de Tejas. 32
"¡Ayúdame, María Santísima!" 33
Empresas colonizadoras 34
Misión de Poinsett 34
Remedio tardío 36
Comienza la rebelión 36
Zavala promueve la insurrección 37
Santa Anna en marcha 38
El Alamo 38
"El villano" 40
"Remember the Alamo" 40
En las manos del enemigo 44
La entrega 45
La Guerra de los Pasteles 47
El mitómano 48
Al poder 49
Semblante de filósofo 50
Sigue la zarabanda 51
La dictadura 52
A conspirar 54
Destierro y conjura 55
La asonada de los polkos 56
Cerro Gordo 57
Imagen de una patria vencida 58
¡Otro ejército! 59
Al destierro 61
El proscrito vuelve 62
Santa Anna y Alamán 63
Apoteosis 64
Su Alteza Serenísima 65
El Plan de Ayutla 65
Sueños irrealizados 67
La vuelta... y la proclama 68
Genio y figura... 69
La última conspiración 71
El último destierro 72
Sic transit 73

BIBLIOGRAFÍA 74

Escaneado con CamScanner